

# La Ilustración Artística

Año XV

BARCELONA 27 DE ENERO DE 1896

Núm. 735



EN EL CAFÉ DE VIENA, cuadro de Pedro Sáenz

premiado en la última Exposición de Bellas Artes de Madrid, y adquirido por el conde Harmans, de Bruselas

## SUMARIO

**Texto.** - *Murmuraciones europeas*, por F. Castelar. - *Juan Prim*, por V. Balaguer. - *Los recuerdos de un curial*, por P. Gómez Candela. - *Doña Juana la Loca*, por R. Balsa de la Vega. - *Nuestros grabados*. - *Miscelánea*. - *En busca de un ideal*, novela. - *Prétoria y Port Elizabeth*, por S. - Libros recibidos. **Grabados.** - *En el café de Viena*, cuadro de P. Sáenz. - *J. Pestalozzi*. - *D. Juan Prim y Prats*. - *Doña Juana la Loca*, cuadro de Pradilla. - *Francisco Pradilla*. - *Cassandra*, escultura de M. Klinger. - *En éxtasis*, cuadro de M. Levis. - *El general García Navarro*. - *El poeta P. Verlaine*. - *D. Camilo Vidal*. - *El trapero*, cuadro de J. Luna y Novicio. - *El palacio del Gobierno en Prétoria*. - *La calle principal de Port Elizabeth*.

## MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Dos aniversarios. - Un maestro de escuela en Suiza y un César conquistador en Alemania. - Muerte de Floquet. - Recuerdos de un poeta lírico en Lisboa y de otro poeta lírico en París. - Conclusión.

Suiza en estos días ha celebrado el centenario de una verdadera ilustración suya, de Pestalozzi. ¿Quién era este hombre? Un maestro de escuela. Venerémoslo como deben todos los bienhechores de la humanidad ser venerados. Italiano de raza, tenía su alma los contrastes del suelo italiano en los Alpes, donde



JUAN PESTALOZZI

el Norte, con sus helechos, se mezcla con los azahares del Mediodía; donde florece el almendro á vista de la nieve; alemán por su lengua, por su cultura intelectual, por la ciudad donde se había criado, Zurich, esencialmente alemana; republicano por su nacimiento y por sus convicciones; reformador, siempre en guerra con los privilegios de las aristocracias y en adoración siempre ante el humano principio de la igualdad; criado por una madre amorosísima que le guardaba durante toda la infancia á su lado, y que le infundía parte de su alma de mujer con todas sus delicadezas; casado en edad temprana con una heredera á quien arruinó en obras de caridad y beneficencia; sostenido algún tiempo en sus apuros por dos viejas criadas de la casa paterna que le profesaban afecto maternal, fbase aquel redentor de pueblo en pueblo, buscando á los ignorantes y á los pobres para ilustrarlos y para mantenerlos; adoptando á los huérfanos; tendiendo la mano, si era necesario, para pedir limosna con que satisfacer á los hambrientos; filósofo en acción, poeta de la vida, tribuno de la infancia, hijo divino de la naturaleza. Su libro estaba escrito en el universo: ninguna letra de imprenta se puede comparar con una estrella de oro; ningún poema, muerto en el sudario de sus hojas de papel, puede competir con el poema de los Alpes, cuando los dora en sus plateadas cumbres la luz del alba y el rosáceo arrebol del vespertino crepúsculo; ningún libro, ninguno, hay tan grande ni tan profundo como la conciencia humana: ninguna poesía es tan bella y tan tierna como la poesía del corazón en sus efusiones por los desgraciados, por los doloridos, por los que padecen, por los que lloran. Reunirlos en una escuela que sea amorosa como la madre, pródiga como la Providencia, santa como la Iglesia; separarlos de toda artificiosa revelación que no provenga, primero de la conciencia, después del universo; matar en ellos los sentimientos de privilegio, las ideas de desigualdad, las tradiciones de casta; abrir ancho es-

pacio á cada vocación individual, para que realice libremente su destino; constreñir á los unos á que sean maestros de los otros, y á todos á que mutuamente se envíen sus ideas, como los astros se envían mutuamente á través de la inmensidad sus rayos de luz; obligarlos en la primavera y en el estío á que trabajen los campos, á que cultiven las plantas, á que siembren las flores, á que cosechen los frutos, y en el invierno á que entren dentro del taller y abracen y practiquen el trabajo manual, para que de esta suerte sean artesanos y labradores, y comprendan todas las asperezas y todas las satisfacciones del trabajo; formarlos en coro, para que canten juntos en himnos poéticos su agradecimiento al Creador, su culto á la libertad y á la patria; convocarlos, para que con el barro del jardín ó con las tablitas recortadas en sus juegos, formen á una en relieves, primero la escuela, después la aldea, después el cantón, y luego la patria, la Europa, el mundo; darles noción del número, de las denominaciones, todo por símbolos, todo por cuentos, hasta que las almas en su madurez puedan definir y clasificar las ideas; recordarles que viven dentro de la naturaleza para hermosearla, dentro de la sociedad para servirla, y so la mano de Dios para repetirlo en sus obras; intentar todo esto, hacer todo esto, sin más móvil que el bien, ni más fin que la justicia, ni más esperanza que la santísima satisfacción de la conciencia, y acaso una palabra en la historia; transfigurarse de esta suerte, y transfigurar á cuantos les rodeaban, era crear con la palabra el germen de un nuevo mundo social, que bien merece un recuerdo eterno y un eterno aplauso de la humanidad agradecida.

Como todos los hombres extraordinarios, fué Pestalozzi víctima también de extraordinarias desgracias. Los católicos le perseguían en sus cantones por su origen protestante; los protestantes le achacaban olvido de todo culto; los hombres ilustres desconocían toda la verdad de aquella ciencia sencilla; sus mismos discípulos, como á Jesús, le fueron ingratos; la reacción piadosa, que bajo el imperio y en los comienzos de este extraño siglo décimonono se inaugura, le cerca, le asedia, lo asfixia. El gran Michelet ha contado en su estilo inimitable los últimos días de tal genio. No pudiendo ya soportar las tiranías de lo artificioso, las combinaciones de infame reacción, la enemiga de una cruel hipocresía, se fué de su último establecimiento de Iverdun á las montañas del Jura, para vivir en la inmensidad, solo con su conciencia, con Dios y con la naturaleza, con esta trinidad infalible, á la cual había ofrecido el holocausto de todo su ser. Un día, teniendo más de ochenta años, bajó á una escuela, fundada según su ideal y su método; los niños de ambos sexos, que debían un alma nueva á la idea de este varón justo, salieron á recibirle cantando melodiosísimos coros y pidiéndole su santa bendición. Uno de ellos se adelantó á ofrecerle sencilla corona de roble: «Para mí no - dijo, - coronad con ella la inocencia, lo único que hay santo sobre la tierra.» No, no es verdad. Hay algo más santo que la inocencia, como hay algo más hermoso que el Paraíso en la tierra. Es más santo el varón que ha conocido todas las seducciones de la vida y las ha despreciado para consagrarse al cultivo de la humanidad; que ha hecho de la idea su religión, de la caridad su amor, de la justicia su esposa inseparable, de los desvalidos y de los desgraciados y de los opresores el objeto único de sus pensamientos y de sus afanes. Eso es lo santo, eso es lo eterno, eso es lo divino en la historia. Los hombres que proceden así padecerán en la vida, padecerán en la muerte; pero padecerán porque la Providencia quiere que se asemejen á sus genios hermanos en la sucesión de los siglos, que se asemejen á los mártires y á los redentores en el dolor, en la santidad y en la gloria.

¿Cuál diferencia entre los dos aniversarios estos días celebrados en Alemania y en Suiza, pues mientras la República veneraba un maestro de escuela, el Imperio veneraba un emperador de combate! ¡Cuánto más meritorio crear que destruir! ¡Cuánto más glorioso esclarecer un alma, que bombardear un pueblo! Entre la gloria de Benjamín Franklin arrancando el rayo al cielo, y la gloria de Guillermo Brandeburgo arrancando á Francia su Lorena y su Alsacia, no es la elección dudosa. El maestro Pestalozzi, rodeado de niños en aquellas montañas divinas, se parece mucho á Cristo; mientras el vencedor Guillermo, ciñéndose la diadema imperial en Versalles entre matanzas é incendios, se parece mucho á César. Y notad como no podría el mundo pasar sin maestros de escuela, cual no podría pasar sin redentores sublimes, y podría pasar sin cesares imperiosos y combatientes como pasan muchos pueblos y todo un continente. Así, mientras el puñal de los Casios y de los

Brutos mató á César para siempre, no pudieron los sayones de Tiberio matar á Cristo en la cruz: al tercer día de consumado el suplicio suyo resucitó de entre los muertos. ¡Cuán envidiables las gozosas aldeas helvecias á la falda de los Alpes coronados por nieves eternas y á la vera de los lagos, repitiendo en sus cristales el cielo, aldeas en que solamente se ven hombres libres y ciudadanos iguales en dignidad y en derechos! ¡Cuán aborrecibles ceremonias como las de Versalles, aquel jardín baldío de los déspotas, erigido por turbas de siervos para santuario de un dios implacable como Luis XIV, cuyos últimos representantes y sucesores en el trono francés provocan y hasta justifican la invasión extranjera. Cuando uno recuerda la ceremonia de Versalles el año setenta y uno, en que fué coronado el vencedor, Guillermo I, monarca de monarcas entre reyes feudatarios, que llevan en sus manos por timbres las señales del combate y de la conquista y en sus espaldas la roja púrpura teñida con la sangre derramada entre los rojos reflejos del incendio y las desolaciones del saqueo y de la matanza, no puede menos que preguntar al cielo cuándo se acabarán los conquistadores; y si compara tal espectáculo con un comicio helvecio, con una peregrinación á la capilla de Guillermo Tell cantado por Schiller y por Rossini, ¡ah! no puede menos de decir: sólo es digno del hombre vivir en los senos de un pueblo libre.

No ha menester la muerte de cooperadores como los cesares; harto vuela con sus alas de murciélago y hartas vidas siega con su guadaña de aniquilamiento y exterminio. Hace poco hemos llorado á un sabio como Pasteur y á un literato como Dumas; lloramos hoy á Floquet. Presidente de la Cámara en Francia, Presidente del Consejo, tribuno de la plebe republicana bajo Napoleón III, primate radical en la República, su enfática elocuencia, un poco solemne y algo artificiosa, jamás adoleció de doblez, pues tenía la sinceridad entre sus primeras condiciones y cualidades tal hombre de bien. Esta sinceridad lo perdió. Acusado por la malicia pública en la tribuna francesa de haber distribuido entre los publicistas republicanos acciones del Panamá, como no tenía una sombra en su mente, ni una mancha en sus manos, ni en su peculio un céntimo que no fuera suyo y de los suyos, tomó por lo más natural y justo del mundo tales secretas dádivas, que podrán hacerse por las necesidades ineludibles del gobierno, pero que no pueden justificarse ante la opinión pública y menos ante la conciencia universal. De aquí el descenso de su popularidad en las muchedumbres y de su crédito en las Asambleas. Pero ya desluzara el nombre de Polonia en los oídos del czar cuando la Exposición del sesenta y siete; ya defendiera en el Tribunal de Tours contra la familia de Pedro Bonaparte á la familia de Víctor Noir en las postrimerías del Imperio; ya declamase ante las reuniones públicas por la democracia y por la libertad en las luchas generadoras de la revolución del 4 de septiembre; ya dirigiera sus invectivas ciceronianas á Boulanger en discursos que parecían ecos de las frases dichas por Marco Tulio contra Marco Antonio; ya cruzara su fino guante de abogado con el guantelete férreo de tal competidor; ya propusiera revisiones constitucionales absurdas y divorcios entre la Iglesia y el Estado imposibles, no puede dudarse que á sus aciertos como á sus errores presidió siempre un móvil desinteresado, proveniente, ya de una sensibilidad hartamente exaltada, ó ya de una doctrina muy errónea, pero nunca de personales intereses y menos de bajas pasiones. Republicano gubernamental yo y él republicano radicalísimo, estuvieron en discordia nuestras inteligencias, pero en concordia nuestros corazones, pues le debí una continua é inalterable amistad. Dios le haya recibido en su gloria. Dos muertes de poetas célebres en Portugal y en Francia. El poeta portugués, cuya muerte nos apena hoy, cantó el amor en todas sus exaltaciones, y sin embargo, supo consagrarse á la enseñanza en todos sus ramos; el poeta francés, cuya muerte nos apena también, cantó los deliquios de la religión, amén de las voluptuosidades y goces del sentido. Cuando lo que hay de animal en el hombre tiraba de él hacia los abismos de abajo, revolcábase como un hipopótamo en el estercolero inmenso de todas las inmundicias; pero cuando todo lo que hay en el hombre de ángel impelíale á los abismos de arriba, nadaba en el éter de la primera luz y oía el concierto de las esferas como los mensajeros hieráticos del criador en los primeros días de la creación. Contradicciones tales hallanse á cada paso en el universo material, en el espíritu infinito, en la sociedad, en la historia. Pero la muerte lo pacífica todo, y la inmortalidad sólo se concede á las obras buenas y hermosas en el mundo.

Madrid, 20 de enero de 1896.



JUAN PRIM (1)

I

No es una biografía lo que voy á escribir. Es una semblanza.

No, no es tampoco una semblanza. Es un recuerdo. Se lo debo á la memoria de aquel caudillo ilustre y patricio insigne, que dió tantos días de gloria á la patria. Me lo debo á mí mismo.

Ya hoy, por fortuna, nos encontramos unidos en este sentimiento de amor á su memoria, los que fuimos sus amigos constantes y los que fueron sus enemigos crueles.

Pocos quedamos ya de unos y otros; pero ya los que han quedado, allá hemos ido juntos á visitar su tumba, y juntos á saludar su estatua que en Reus le alzó su patria, con él más reconocida en muerte de lo que hubo de serle en vida.

¡La posteridad llegó! Ya para Prim habló la historia, y hoy se rinde justicia al hombre, y se respeta el nombre que no siempre fué de todos respetado.

Es que hoy Prim pertenece á la patria y se le considera por todos como una gloria nacional.

Allá, en tiempos, en 1860, hube de escribir unas notas biográficas de Prim, cuando volvía victorioso de la guerra de Africa y Barcelona se engalanaba, levantándole arcos de triunfo, y ardían en fiestas y regocijos sus Ramblas.

Terminaba aquellos apuntes con esta pregunta:

«Tal es Prim. ¿Qué reserva á ese hombre el porvenir?»

Ya hoy se ha visto, y sabemos lo que el porvenir le reservaba.

El triunfo, el martirio, la glorificación, la apotheosis.

Sólo diez años transcurrieron desde mi pregunta. Cuando había ya llegado, cuando estaba en la cumbre, miserables asesinos, amadrigados en la sombra y al revolver de una esquina, acabaron con el hombre á quien habían respetado las balas enemigas y en quien, entonces más que nunca, esperaba la patria española, cuyos destinos hubieran sido muy distintos de seguro, á conservar la Providencia por algún tiempo más la vida de un caudillo que tenía condiciones extraordinarias y, en aquel momento precisamente, firmes y levantados propósitos de regeneración y gloria para la patria.

Porque es así. Y justamente para aclaración de este punto tomé esta vez la pluma.

Recordaré siempre, grabadas están en mi alma, las últimas palabras que le oí. Ya á ellas hice referencia en *Mis recuerdos de Italia*, al trasladar lo que llamé *Páginas de mi diario*. Cuento allí y comento el viaje de los que, en representación de las Cortes españolas, fuimos á Italia para ofrecer al señor duque de Aosta la corona de España.

(1) Publicamos esta semblanza y el retrato del general Prim, en conmemoración del aniversario de la batalla de Tetuán (4 de febrero de 1860).

A las diez de la noche del 24 de noviembre de 1870 salimos de Madrid para Cartagena, donde nos esperaba la escuadra española del Mediterráneo que debía conducirnos á Italia para dar cumplimiento á nuestra misión.

Rebosaba en gente la estación de Madrid al partir el tren. A más de los ministros, autoridades y todo el elemento oficial, allí estaban en compacta y patriótica multitud nuestros amigos de Madrid y muchos que vinieron de provincias; allí las compañías de ejército y milicia para los honores de ordenanza; allí el pueblo en gran muchedumbre, y todo fué gala, fiesta y música, vivas atronadores, aplausos y expansiones de júbilo y entusiasmo. La revolución de Septiembre había triunfado con la proclamación de rey, y partíamos con el alma abierta á toda esperanza.

Antes de subir al tren y al coche que me fué destinado, en grata y afortunada compañía de Juan Valera, del marqués de Sardeña y de Gabriel Rodríguez, me acerqué al general Prim, sin embargo de haber ya conferenciado largamente con él aquellos días, para recoger sus últimas impresiones.

Bien lejos estaba yo de pensar que, en efecto, iban á ser las últimas, y que le veía por vez postrera, cuando la fortuna le sonreía, cuando la patria toda le aclamaba, cuando todos confiaban en él viéndole tan acertado en el Consejo, tan discreto en las Cortes, tan dueño de su voluntad, tan diestro y certero en el difícil arte de gobernar, tan alto y cabal en todo.

Prim y yo hablábamos siempre en catalán al encontrarnos á solas.

- Y bien, D. Juan...

En Cataluña nadie llamaba á Prim mi general, ni apenas se le citaba por su apellido. Todos decían D. Juan.

- Y bien, D. Juan, le dije en nuestro idioma. Nos vamos ya. ¿Cuál es la última?

- La última es, me contestó, y al contestarme sus ojos relampagueaban, la última es que traigan ustedes al rey, y lo traigan pronto. Debe venir con ustedes. Zorrilla puede volverse con los de la mesa, pero ha de permanecer una comisión al lado del duque de Aosta para acompañarle y apresurar su viaje. Usted debe ser uno de los que se queden. En cuanto él venga, se acabó toda esa chillería. Al que no grite viva el rey, *l'esbotzino* (es decir, le hago pedazos, le trucido). ¡Viva el rey! y... ¡viva el rey!

Y estas últimas palabras las dijo estrechándome fuertemente la mano, animado y con aquella entonación vigorosa que sólo acostumbraba en sus momentos más solemnes.

Subíme al tren. Ya nunca más debía ver al general.

Mucho pensé en aquellas sus últimas palabras. Mucho las medité, y mucho las he recordado en distintas ocasiones de mi vida. Eran una revelación de lo que iba á ocurrir á la llegada del rey, y eran una manifestación viva de lo que Prim pensaba y se proponía para acabar de una vez con el desconcierto que entonces reinaba.

¡Qué otros, qué otros hubieran sido los destinos de la revolución de Septiembre si Prim no hubiese muerto!

II

Ya en vida fué Prim un héroe legendario.

Y lo será, lo será mientras exista España.

Ya en vida, la Musa popular cantó sus hazañas. Como ciertos héroes de la antigüedad, dió origen con sus hechos á romances populares en que ese gran poeta, que vive ignorado entre el pueblo, canta las gestas del hombre que impresiona á la muchedumbre.

Su vida fué una tempestad, algo como un huracán, como un torbellino.

Fué almogávar y caudillo, soldado y general, embajador y proscrito, orador y diplomático, revolucio-

nario y ministro, conspirador y hombre de Estado, aventurero temerario y político sagaz, el primero con sus alientos en la barricada, el primero con su espada en la batalla, el primero con su voto en los consejos.

El silbar de las balas y el bregar de los combates eran su encanto. Iba á una batalla como se va á unas bodas y al peligro como se va á unas cañas.

Medió en todos los sucesos que se desarrollaron en su tiempo, y así fué soldado, capitán y coronel en la primera y más terrible de nuestras guerras civiles, brigadier y general en las luchas con los centralistas de Barcelona, gobernador en Puerto Rico, caudillo en Africa, plenipotenciario en Méjico, representante en Oriente, orador en los Parlamentos, abanderador en el destierro, apóstol en la conspiración, victorioso en las contiendas, triunfiro en el Capitolio, imperante en los consejos, glorificador en el apogeo, soberano sin trono, omnipotente en las alturas, mártir y víctima en el derrumbe funesto de su torturada vida.

En Africa peleó como un bravo, y en Méjico se retiró como un valiente, que más valor necesitó Prim para retroceder en Méjico, que alientos hubo de menester para avanzar en Castillejos.

No es, pues, de extrañar que, ante héroe de tan acumulados sucesos y ante existencia tan vibrante y de tan varios destinos, la figura de Prim se agigantase, tomando toda suerte de fantásticas visualidades, y se contaran de él casos extraordinarios y cosas singulares, entre historias y leyendas, fábulas y veras, allá en las noches de invierno cuando las familias se reúnen junto al hogar, al amor de la lumbre, en el vivaque, en el cuarto de banderas, en la tienda de campaña, en las granjas y masías perdidas por el fondo de las montañas, á bordo de las naves que son el hogar del marino, en la choza de los labriegos, en la opulenta morada de los próceres, en todas partes.

Decían unos que el general era invulnerable en las batallas porque llevaba un talismán, y que cuantas veces se olvidó de colgar á su cuello otras tantas fué herido como en castigo de su descuido.

Decían otros - y esto se lo oí yo mismo á unas mujeres de Bourg-Madame, en cierta ocasión en que andábamos ocultos y á salto de mata por la frontera, - decían otros, repito, que Prim llevaba una espada maravillosa, templada una noche de luna en las aguas del estanque de Lanós por las mujeres *encantadas* que allí residen, según tradición de los Pirineos muy corriente en aquellas comarcas.

Algunos no se explicaban ni daban cuenta de cómo aquella mano del general, que parecía mano de dama por lo delgada y fina, propia sólo para calzar guante de salón, podía tener fuerza para derribar á un hombre de una cuchillada, según aconteció varias veces.

En la guerra de Africa, los soldados, al oír el clarín llamando á ataque, decían: «Ya tocan la polca del general Prim.»

Se contaba de él, y era verdad, que hallándose de capitán en el sitio de Solsona mandando fuerzas avanzadas, recibió un parte en el preciso momento de ir á sentarse á la mesa con sus camaradas. Decíanle en él que se preparase para el asalto. En el acto se acercó á la mesa, y cogiendo en sus manos la humeante cazuela, que arrebató al apetito vehemente de sus comensales, la estrelló contra unas piedras, diciendo: «Señores, hoy vamos á cenar dentro.» Y así fué. Y á los pocos instantes Prim subía al asalto en atrevimiento acometida, apoderándose con arrojo temerario de una puerta de Solsona, por la que entraron las tropas liberales.

Otra vez, en Barcelona, en época en que más hervían las pasiones y más enconados estaban los ánimos contra Prim, éste apareció de repente en la ciudad. Al circular la noticia de su llegada, alboro-

tóse el pueblo y ardió en iras, arrojándose la multitud á la Rambla en busca del general y á los gritos repetidos de ¡Muera Prim! Se hallaba éste tranquilamente en una casa de la contigua calle del Conde del Asalto, rodeado de amigos que le instaban á que se ocultase y desapareciese; pero él, todo lo contrario, tomando en su mano un cimbreante junco para que le sirviera, no de bastón, sino de juguete, se salió á la calle y se fué á pasear solo por la Rambla. Al verle así, en reposo y calma, sin alarde alguno ni jactancia, tranquilo y sosegado como quien va de paseo ignorante de cuanto ocurre, se operó repentinamente una reacción. Cesaron los gritos, se apaciguaron los ánimos, se extinguió el incendio, y, de furiente y tempestuosa, se trocó la muchedumbre en pacífica y asombrada, retirándose poco á poco y respetando al general en su paseo.

En la jornada de Castillejos, cuando iba á empuñar la bandera en lo más crítico del combate, cuando las balas llovían á granel á su lado, atorbellinándole entre una tempestad de fuego y de plomo, cuando, jinete en su caballo, era blanco seguro para el enemigo, los mismos soldados le instaban á retirarse por temor de que pudiese ser herido y perderse la batalla al caer el caudillo; pero Prim contestaba: «No, no hay cuidado. Todas las balas llevan sobre, y ninguna de ellas lo trae para mí.»

También en Africa, víspera de una batalla, llegaban al campamento los voluntarios que á sus costas enviaba Cataluña. Era entonces Prim general comandante del segundo cuerpo de ejército, y encargado de recibir á los voluntarios, dirigiéndolos en catalán una arenga que electrizó á cuantos la oyeron. O'Donnell, el general en jefe, advirtió que aquellos voluntarios parecían faltos de instrucción. «Mi general, le contestó Prim, mañana se instruirán en el combate.» Anochecía, y los oficiales catalanes se acercaron á D. Juan para decirle que no tenían tiendas donde dormir. «¿Tiendas?, dijo el general. ¡Tiendas! Las tiendas están allí, — añadió, señalando al campamento de los moros, — y hay que ir á recogerlas: mañana, cuando las hayáis tomado, dormiréis en ellas.» Y así ocurrió al día siguiente, que fué el de la célebre batalla en que Prim penetró en el campamento enemigo, entrando á caballo por una tronera.

Y así, por el estilo, todo linaje de cosas. Y así, contando sucesos del general, refiriendo hechos de su vida, pasajes de su historia, revuelto todo á veces con fábulas y consejas por lo dado que es el vulgo á lo desconocido y maravilloso, así es como llegó á convertirse en un tipo ideal, gozando de una prerrogativa que pocos mortales alcanzaron y ninguno como él en este nuestro siglo tan positivista y práctico.

Así llegó Prim á ser héroe de leyenda en vida.

### III

He dicho ¿no es verdad? que su vida fué una tempestad.

A la muerte de Fernando VII estalló la guerra civil. Dos grandes partidos se lanzaron al campo con las armas en la mano, liberales y absolutistas.

Juan Prim, que sólo contaba entonces diez y nueve años, sentó plaza como soldado distinguido en el batallón de cuerpos francos llamado de *Tiradores de Isabel II*, pasando á los dos meses á ocupar la de cadete como hijo de padres nobles.

Cadete, pues, en 1834, en 1836 era ya teniente, en 1837 capitán, en 1838 segundo comandante, en 1839 mayor de batallón y comandante primero, y en 1840, al terminar la guerra civil con la rendición de Berga, coronel. Apenas si tenía entonces veintiséis años, había tomado parte en treinta y cinco acciones de guerra, había recibido ocho heridas y estaba condecorado con la cruz de los valientes, la cruz de San Fernando.

Después del torbellino de la guerra civil, vino el de la política. Afiliado Prim al partido progresista, que era el que más imperiosamente hablaba á los sentimientos del ciudadano y á los arrestos del soldado, fué á las Cortes como diputado de Reus, su villa natal.

Tomó parte muy activa y señalada en todos los grandes sucesos que vinieron entonces á conmover á España, especialmente á Cataluña, donde contaba con un núcleo de hombres valerosos y patriotas decididos, á él personalmente adictos, y que formaron la base del grupo político que tomó el nombre de *primista*.

Ya la historia refiere y ha juzgado aquellos sucesos, en cuya narración y comentario no he de entrar aquí.

Vino luego el triunfo del que se llamó partido de *Unión liberal*, O'Donnell fué invitado á regir los destinos de la nación, y el conde de Reus nombrado senador del reino.

Después, después..., la guerra de Africa, aquella

expedición gloriosa que despertó tantos entusiasmos, que unió tantas voluntades, que alcanzó tantos lauros.

En los campos de Africa, donde sirvió á las órdenes del general en jefe O'Donnell, primero como comandante de la división de reserva, y luego, al enfermar el general Zavala, como general comandante de la segunda división, fué donde Prim conquistó su título de marqués de los Castillejos con la grandeza de España, que le dió la reina, y su otro título de *bravo entre los bravos*, que le dieron el ejército y el pueblo.

La campaña de Africa coronó su popularidad en España y fuera de ella. El conde de Reus dejó de ser en aquella ocasión el hombre de partido para el pueblo español, que le aclamó y exaltó como una gloria nacional.

La verdad es que Prim apareció en aquellas circunstancias y se ofreció á los ojos de todos circundado por una aureola espléndida de luz, como encarnación genuina del tipo español, con todas aquellas hidalgas bravuras y con todos aquellos romanticismos épicos que han hecho de España la nación por excelencia poética y caballeresca.

Pero todavía, todavía estaban para venir sucesos que habían de encumbrar á Prim y alzarle á más elevadas cumbres.

¿He de recordar lo de la campaña de Méjico?

Fué allí donde el conde de Reus asombró á España, á Francia (á Francia principalmente), á Inglaterra, al mundo entero, con la virilidad y energía de su carácter, con el tacto y la política de su conducta, con el sereno valor que tuvo — y necesitaba tenerlo muy sereno — para recoger la tremenda responsabilidad de retirar las tropas españolas.

Desde aquel día Prim se ganó la voluntad de las naciones y á todas mereció el concepto de ser uno de los políticos más eminentes de Europa.

El héroe de leyenda se había convertido en hombre de Estado.

### IV

No hay que decir cómo ni por qué volvió á entronizarse la reacción.

Cosa es bien sabida de todos... y de algunos bien deplorada.

El general conde de Reus estaba en la emigración. Echando el cuerpo adelante como solía, y con valor heroico, se pronunció poniéndose al frente de un movimiento militar, que fracasó por desgracia, y con las tropas pronunciadas hubo de refugiarse en Portugal, desde donde lejos de hallar protección y apoyo, cosechó sólo persecuciones y tristezas. En Bélgica es donde pudo hallar más tarde tranquilidad y reposo, pero el reposo de Prim era el del romance (*Mi descanso son las armas...*) Su cerebro en ebullición y su actividad pasmosa no le abandonaban un momento. Su idea fija era la de la libertad en España.

Los que hoy viven y pululan, moviéndose en todos los órdenes, más quizá que para proclamar ideales, para satisfacer revoltosos apetitos y pasiones alborotadas, no saben ni figurarse pueden lo que era entonces el culto que en España se rendía á la libertad, y de qué modo, con qué entusiasmos y cuánta fe, corriendo los mayores peligros y jugándose la cabeza, se trabajaba por la santa causa.

¡Ah! ¡La libertad! ¡La causa santa! Esto hace reír, ya lo sé, á la gente del día y á esa runfla de juventud flamenquista y churrullera que hoy nos invade. En aquel tiempo, el pronunciar sólo aquellas palabras, por las cuales tantos hombres fueron á las barricadas y tantos al patíbulo, hacía llorar... y llorar lágrimas de sangre.

Tiempo por tiempo, yo estoy por aquel todavía. Como cada uno tiene sus gustos, y de gustos no hay nada escrito, me va mejor aquel de los idealismos, donde al menos había corazón, que este de los modernismos, donde todo es faramalla y zurriburri.

Desde su ostracismo, Prim organizó movimientos y sublevaciones, de acuerdo con sus juntas revolucionarias secretas que se establecieron en varios puntos. El centro de estas juntas radicaba naturalmente en Madrid, pero había otras que, de acuerdo con la central, contribuían poderosamente á los trabajos revolucionarios, y era entre ellas la más importante la de Barcelona, de que yo formaba parte como secretario, siendo por esta circunstancia uno de los que más íntimas y secretas relaciones tuvieron con el general.

Todo cuanto intentamos fracasó, y esto que más de una vez el general, arrojando riesgos y comprometiendo su vida, aparecía secretamente, en los puntos designados, para ponerse al frente del movimiento.

Sólo conseguimos por el pronto aumentar el número de emigrados y proscritos, quienes fueron arrojados al extranjero por el fracaso de la empresa, la tiranía de los gobernantes y las persecuciones implacables que contra ellos se llevaban á cabo.

Llegó un momento en que toda la España liberal se encontró proscrita ó poco menos. Los jefes más eminentes del progresismo estaban emigrados ó fugitivos, los generales de la Unión Liberal desterrados, los hombres de acción ocultos trabajando en el secreto de las sombras y del misterio, la prensa muda, la tribuna silenciosa, la libertad amordazada.

También á mí me alcanzó su vez.

Se nos torció la empresa que proyectábamos en Barcelona con un regimiento que en cierto día y sin hora determinada debía sublevarse en el cuartel del Buen Suceso al grito de libertad. Muchas veces las esperanzas se malogran por adelantarlas.

El caso es que los que estábamos comprometidos tuvimos que salir pitando para la frontera, adonde pudimos llegar por milagro y no sin riesgo.

Triunfó por fin la revolución.

Cayó el gobierno y con él la dinastía, ó al revés, para decirlo más propiamente; cayó la dinastía y con ella el gobierno.

La llegada de Prim á Barcelona fué un delirio; su entrada en Madrid un arrebató.

Prim fué ministro de la Guerra del gobierno provisional y presidente del Consejo de ministros luego, cuando, reunidas las Constituyentes, elevaron éstas á regente del reino al duque de La Torre.

No es posible explicar lo que fué la vida del conde de Reus, y con la suya la de todos nosotros, durante aquel período constituyente de fiebre política, de agitación, de lucha, de zozobra, de responsabilidades, de eventos y de emociones.

Era Prim la figura más descolante de la revolución. Fijábanse en él las miradas de todos. Era el punto de mira de Europa y del mundo. De él la gloria, pero sobre él la pesadumbre de los sucesos y la responsabilidad del porvenir.

¡Cómo se engañaron muchos creyéndole un ambicioso vulgar!

Y no sólo en España, en el extranjero, en Francia, en Italia, en Alemania, en todas partes, muchos pensaban que Prim jugaba con cartas dobles. Se creía que aspiraba personalmente al trono de España, y que las negociaciones, tan sigilosamente llevadas para encontrar un monarca, eran sólo un pretexto para mejor encubrir sus deseos personales y mejor disfrazar su ambición.

Es verdad que algo había en la atmósfera. No faltó, de ello soy yo buen testigo, no faltó quien le propuso un día que se hiciera dictador para luego convertirse en César; pero recuerdo perfectamente las palabras airadas con que rechazó semejante propuesta.

Hubiera podido intentarlo, ya hoy puede decirse, y hubiera tenido á muchos á su lado; pero yo, que creía conocerle á fondo, dije siempre y sostuve que en su alma nobilísima y en su gran corazón no cabían pasiones bastardas.

Cuando los diputados constituyentes de su intimidad fuimos llamados por él un día y consultados confidencialmente, todos indicamos para el trono vacante la candidatura de D. Fernando de Portugal. Este era el candidato de Prim, y este también el ideal de la revolución de septiembre.

D. Fernando no fué rey de España porque no quiso. Descontado D. Fernando, volvieron á comenzar las negociaciones, seguidas por el conde de Reus con gran empeño, y acabaron por fijarse en el duque de Aosta.

Fué en aquellos momentos que España se erizaba y hervía en pasiones, en tumultos, en delirios, en clubs, en amenazas, en gritos, en algaradas, en bullaje de gente por las asambleas, en perturbación de orden por campos y ciudades, en alteración de ánimos por todas partes. Más que nunca se agitaron entonces las segundas filas del partido republicano, movidas principalmente por aquel su famoso periódico titulado *El combate*, que era su triste Evangelio.

Todos los hombres de orden, todos los espíritus serenos, acudían á Prim y á él iban los votos de todos. Pedíanle que pusiese término á aquel estado de verdadera anarquía y le empujaban á la dictadura.

— No y cien veces no, contestaba el general. No es un dictador lo que hace falta, es un rey. Por el camino de la dictadura sólo se va á la tiranía, y yo que me levanté contra la tiranía de arriba, soy más enemigo aún de la tiranía de abajo. Lo que debe hacerse es votar al rey y traerle. Cuando venga se acabará todo. Aquí no habrá más grito que el de ¡Viva el rey! Ya haremos entrar en caja á todos esos insensatos que sueñan en planes liberticidas, confundiendo el progreso con el desorden y la libertad con la licencia.

Esto le oí decir muchas y repetidas veces, como sentimiento profundo de su conciencia, y semejantes, más pronunciadas todavía, fueron las palabras ya referidas, que me dirigió en la estación de Madrid al despedirme para Italia.



D. JUAN PRIM Y PRATS,  
copia de una fotografía hecha en el año 1869

Allá fuimos; de allí trajimos al rey.  
Cuando llegamos con éste, Prim ya no existía, víctima de asesinos ignorados y cobardes que mataron en la sombra y huyeron con ella.

Y ya no digo más en estos apuntes. Verdad, sí, que algo más pudiera decir, pero supongo que se dirá con el tiempo.

También hay voces de ultratumba.

Lo que sostengo, para terminar estas líneas, es que Prim no pensó nunca en ser dictador ni César. No debiera haber hombres necesarios..., ya lo sé; pero los hay. Los hacen las circunstancias.

En el alma de aquella mujer nacieron los celos, celos terribles, inexplicables.

Una noche, noche horrible para la joven, adquirió ésta la seguridad de que el corazón de su marido se lo repartían otras mujeres, como hubieran podido repartirse unas monedas. Luisa sintió primero repugnancia, más tarde miedo, por último odio hacia el marido.

Ignórase lo que una tarde pasó en aquel hogar; acaso el marido hizo á su esposa alguna proposición indigna, ó llegó á maltratarla; ello fué que Luisa, la muchacha angelical, todo dulzura y delicadeza, se transformó en matrona irritada y vengativa, y con un arma de su propio marido disparó sobre él, dejándole muerto instantáneamente.

## III

Aquella misma noche, López trabajó hasta la madrugada en su despacho, que aún no tenía asomos de bufete.

Llegó la vista. Luisa, en el banquillo, contestó llorosa á cuanto le interrogó el presidente, que era un señor inflexible y duro en estrados y un alma de Dios fuera de la Audiencia.

La acusada no dirigió mirada alguna á su letrado. Este tuvo miedo de mirar cara á cara á su defendida, y con la cabeza baja, observando los garrapatos en que apuntaba las incidencias del juicio, principió el informe de defensa arremetiendo contra el fiscal.



DOÑA JUANA LA LOCA, celebrado cuadro de Pradilla. (Véase la efeméride artística)

Prim lo fué, lo era en aquellos instantes supremos para España.

¡Ah! Tan mal empleada está la muerte en aquel de quien todo lo espera un pueblo, como la vida en aquel de quien nadie espera nada.

VÍCTOR BALAGUER

## LOS RECUERDOS DE UN CURIAL

¡ABSUELTOS!

### I

Aquella mujer, casi una niña, de plácido semblante y serena mirada, había cometido un crimen terrible, según se desprendía del voluminoso rollo, de amarillentas hojas y emborronada letra.

Luisa había amado á su esposo con toda la fuerza de que es capaz una mujer cuando ama por vez primera. Se unió á aquel hombre por propio impulso siendo aún una chiquilla; la crisálida convertida ya en mariposa extendió sus alas, quiso beber el cáliz del amor legítimo, de aquel sentimiento á que ella se creía tener derechos indudables, y encontró que Juan no era el marido que ella había soñado en las tranquilas horas de su candidez.

Era un hombre vicioso, informal, trasnochador, pendenciero; peor que todo eso, era un ingrato que respondía al cariño de Luisa con las esquivas del hastiado.

¡Qué de relatos en los diarios! ¡Qué de novelas en las comadres de la vecindad y qué martirio el de la parricida!

Luisa no tuvo ni el consuelo del suicidio, y resuelta á sufrir hasta el final, cayó en un estado de indiferencia que estuvo á punto de llevar á aquel cerebro la obscuridad sin fin, la imbecilidad eterna, peor mil veces que la muerte, porque es la muerte del alma.

### II

Este fué el asunto criminal en que tuvo que intervenir como defensor de la procesada López, un abogadito recién salido de las aulas, que tenía llena la cabeza de leyes y sentencias y henchida el alma de ilusiones y de confianzas.

López no tuvo paciencia para leer del todo el pesado mamotreto de la causa. Visitó en la cárcel á Luisa: ¡era tan hermosa!..

López trató de analizar aquel carácter de mujer, pero la empresa era superior á sus pocos años.

Siguió visitando á la reclusa; dos días antes de la vista del proceso, López quiso hablar con su defendida en la sala de declaraciones de la cárcel.

A la entrevista, que fué breve, puso fin la reclusa dando un portazo á la mampara y diciendo de modo que lo oyó la celadora:

— No recusó mi defensa, ¡pero la desprecio!

La acometida fué terrible. El viejecillo del sitial movió la campanilla y con voz gangosa llamó al orden á la defensa.

Esta se revolvió contra los interruptores y siguió su discurso hasta el final.

Los jurados retiráronse á deliberar, dictando un veredicto absolutorio.

El fiscal pidió la revisión de la causa ante nuevo jurado. López, trémulo y descompuesto, quiso hablar; pero el presidente, mirando al defensor y con el mismo tono con que hubiera podido darle la enhorabuena, le dijo sonriendo:

«La sala acuerda no acceder á la petición del ministerio público.»

### IV

Luisa, puesta en libertad, se disponía á abandonar la Audiencia sin dar las gracias á López, cuando se encontró con éste en el pasillo.

— La han absuelto á usted, le dijo López al oído. Luisa, radiante de hermosura, llorosa y pálida, se limitó á contestar fríamente:

— ¡También yo le absuelvo á usted..., y le perdono!..

Hoy López, que es un abogado de fama, no oculta á nadie que su mayor triunfo ha sido la *absolución de Luisa*.

P. GÓMEZ CANDELA



## DOÑA JUANA LA LOCA

27 de enero de 1878

Célebre cuadro pintado por Francisco Pradilla

Desde que Rosales exhibiera en 1864 *El testamento de Isabel la Católica* y en 1871 *La muerte de Lucrecia* (lienzo que tan amargas horas proporcionó al insigne artista), ningún otro cuadro del género llamado *histórico*, género que en España sustituyó al religioso, y que hasta 1887 vino caracterizando a nuestra escuela, había vuelto a obtener un éxito grande.

Realmente, tres fueron los cuadros del género dicho que durante la segunda mitad de este siglo lograron determinar de un modo claro y preciso las evoluciones que se han verificado en la pintura española contemporánea, así desde el punto de vista de la paleta como del concepto: *Los Comuneros*, el primero de los citados de Rosales y el de Pradilla *Doña Juana la Loca*. Estos lienzos sintetizan tres estados de ambiente social, político y estético. *Los Comuneros* responde a un movimiento político de la opinión, como respondieran los caballerescos episodios de *Los Girones* y el de *Guzmán el Bueno* y el romántico de los hermanos Carvajales. *El testamento de Isabel la Católica* significa el triunfo del senso realista del arte español, sujeto de largos años a la influencia de las escuelas francesa é italiana, con el de la evolución hacia el estudio psicológico. *Doña Juana la Loca* sintetiza la tendencia de la paleta a desligarse por completo de todos los dogmatismos técnicos que en lo que a la luz se refiere existían todavía entre nosotros y a continuar en la representación de los afectos y expresión de ellos.

Como nadie ignorará seguramente, el cuadro de Pradilla representa un episodio acaecido a consecuencia de un acceso de celos de la infortunada hija de los Reyes Católicos en la ocasión de seguir al cortejo fúnebre que acompañaba los restos de Felipe el Hermoso. El insigne artista aragonés se inspiró, para trazar la patética é interesante escena de su cuadro, en el siguiente relato, que tomado del cronista Pedro Mártir de Angleria, reproduce Lafuente en su *Historia de España*.

«Del lastimoso estado intelectual en que, á pesar de algunos breves períodos de lucidez, se encontraba la reina doña Juana, se vió á fines de diciembre de aquel mismo año (1506) una prueba pública y solemne. Su marido la había dejado en disposición de dar nueva sucesión á Castilla, y cuando se hallaba próxima á ser otra vez madre, empeñóse en trasladar y acompañar el cadáver de su esposo á Granada» (hallábase éste en la cartuja de Miraflores, Burgos)...

«En seguida le hizo colocar sobre un magnífico féretro en un carro tirado por cuatro caballos, y se emprendió la marcha fúnebre. Componían la comitiva multitud de preladados, eclesiásticos, nobles y caballeros: la reina llevaba un largo velo en forma de manto que la cubría de la cabeza á los pies, sobrepuesto además por la cabeza y los hombros un grueso paño negro: seguía una larga procesión de gentes de á pie y de á caballo, con hachas encendidas. Andábase solamente de noche, porque una mujer honesta, decía ella, después de haber perdido á su marido, que es un sol, debe huir la luz del día...» «Refiérese que en una de estas jornadas, caminando de Torquemada á Hornillos, mandó la reina colocar el féretro en un convento que creyó ser de frailes; mas como luego supiese que era de monjas, se mostró horrorizada y al punto ordenó que lo sacaran de allí y le llevaran al campo. Allí hizo permanecer á toda la comitiva á la intemperie, sufriendo el riguroso frío de la estación (diciembre del citado año de 1506) y apagando el viento las luces»

\* \*

Vinieron sucediéndose desde la Exposición nacional de Bellas Artes de 1871 varias otras, en las cuales solamente imperaban las exageraciones de los *rosalistas* y *fortunystas*. Las de aquéllos, imitando el estilo, la factura, el color y el dibujo de Rosales; los segundos haciendo lo mismo de Fortuny. Mas no tan sólo era en la plástica la imitación, sino también en los asuntos; así que el barracón de Indo, habilitado para que pudiesen exhibirse oficialmente nuestras obras maestras de la pintura, de la escultura y de la arquitectura, convirtiábase durante los meses en que se celebraban los certámenes nacionales en palenque de campeones de las escuelas de Rosales y Fortuny, en donde las Blancas de Navarra y las damas y caballeros de los siglos XIV y XV, pintados como figuras de telón, dibujados por un ribete negro y careciendo muchos de dedos en las manos y de otros importantes miembros, parecían mirar estupefactos la caterva de moros que, en cuclillas unos, otros en pie examinando armas, otros tumbados entre almohadones, les hacían la competencia, rodeados de pipas, chocolateras, platos y sin fin de chirimbolos morunos (ó que por tal los pintaban los autores de tales maravillas pictóricas).

Tal estado de cosas no podía sostenerse, y en la Exposición de 1876 no llegaron á exhibirse más de unas cuatrocientas ó quinientas obras, en su casi totalidad deplorables. En este período decadente fué cuando Pradilla acertó á pintar *Doña Juana la Loca*; y preciso es confesarlo, á pesar de que junto á este lienzo figuraban el de Plasencia *Orígenes de la república romana* y el *Entierro de San Sebastián* de Ferrant, con otros de bastante mérito, la opinión del público inteligente y de la crítica estuvo unánime en concederle extraordinario mérito. Venía el lienzo de Pradilla á protestar contra los desafueros de unos y de otros, recabando para el cuadro de historia la conquista de la luz abierta; para el asunto, el valor de un sentimiento, si romántico, altamente conmovedor; para la composición, la libertad más absoluta; para la línea y la forma en general, el respeto debido.

Fué en este cuadro cuando por vez primera se le concedió al fondo, es decir, al lugar de la escena, im-

portancia decisiva, así desde el punto de vista del dibujo y del color como desde el subjetivo; pues si bien es cierto que los fortunystas y por su parte el mismo Rosales venían dando á los escenarios en que colocaban las figuras de sus cuadros importancia grande, en los primeros esa importancia rebasaba los límites de lo justo, y el segundo solía preocuparse siempre demasiado poco de ellos; pero de un modo ó de otro, en el cuadro de historia el fondo seguía siendo detalle insignificante, hasta que Pradilla demostró con el paisaje en que se desarrolla la escena de su cuadro cómo la impresión realísima de aquella campiña triste y nebulosa, en la cual se adivina la tierra castellana en la época invernal, concurría de un modo terminante á producir la emoción estética con arreglo á la verdad histórica.

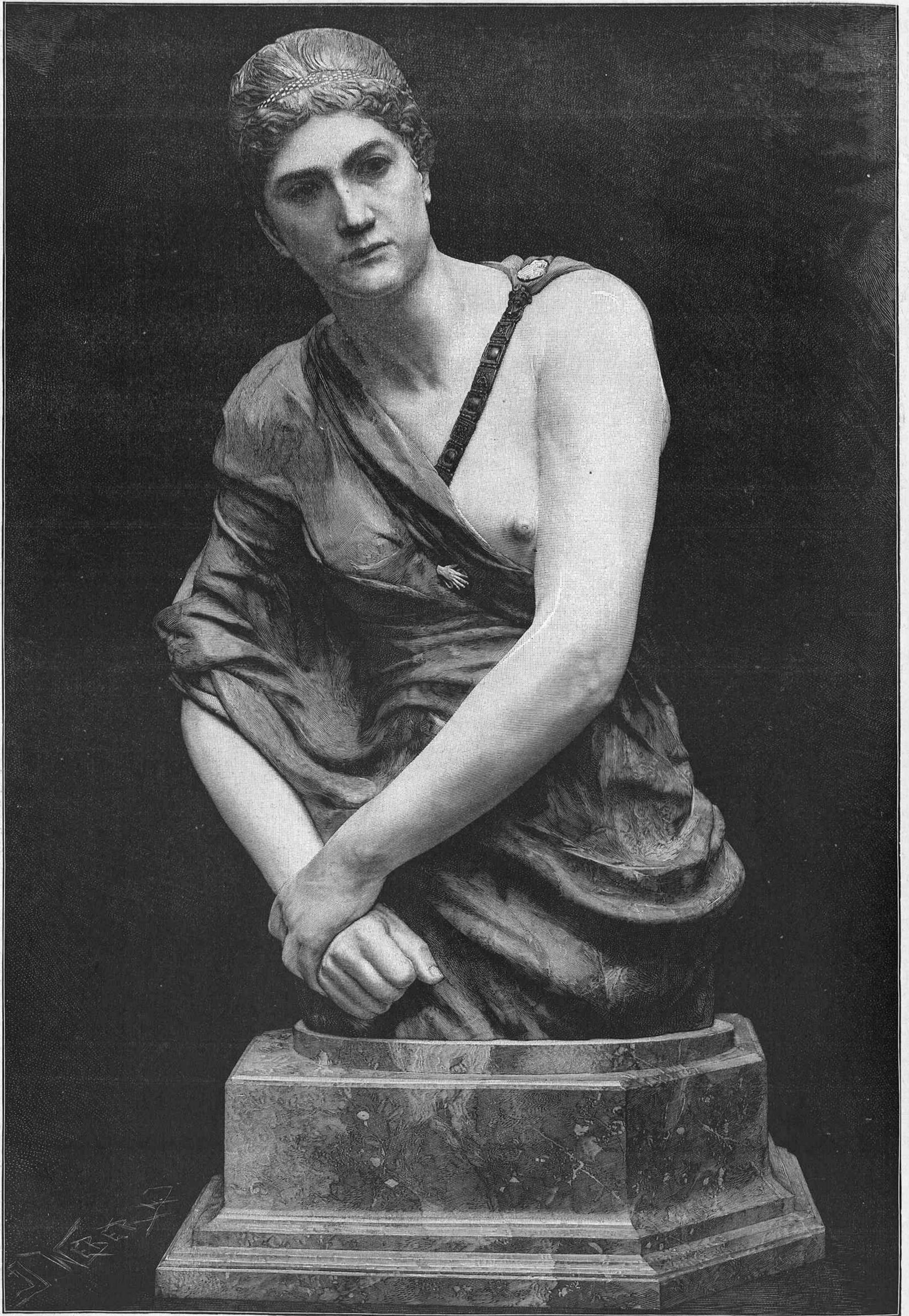
Fué el citado lienzo *Doña Juana la Loca*, juntamente con el de Plasencia, el primer fruto, opimo ciertamente, que produjo la Academia de Bellas Artes de España en Roma, fundada por Emilio Castelar; y fué también la revelación de un talento artístico de primera magnitud, no adivinado cuando por aquí, con inquebrantable fe, trabajaba sin dar entrada en su espíritu al desaliento. La crítica por boca de Picón dijo entonces lo siguiente de la obra de Pradilla: «El lienzo del Sr. Pradilla *Doña Juana la Loca* es sin duda alguna, no solamente la obra más notable de las que figuran en la actual Exposición, sino también la mejor concebida por un artista español desde la muerte de Rosales.» Hace el crítico, entreverando los elogios, la descripción del cuadro y termina: «En resumen, el cuadro *Doña Juana la Loca* es un cuadro de mérito sobresaliente, y si los compatriotas del autor no lo reconocen así, otros pueblos lo proclamarán tan alto como proclamaron que *El testamento de Isabel la Católica* era la obra de uno de esos maestros que nacen de tarde en tarde para gloria suya y honra de su patria; y cuenta que no queremos comparar dos lienzos que, empezando por ser uno de luz abierta y otro de luz cerrada, reúnen diversas condiciones y exigen diverso desarrollo; aquél es un cuadro del más vigoroso romanticismo, y la obra de Rosales es clásica...»

Meses después de haber alcanzado la medalla de honor, primera que en España se concedía á la pintura, en la Exposición universal de París le otorgaba el Jurado análoga recompensa, cumpliéndose de este modo la profecía del crítico español; y á propuesta del ministro de Fomento, las Cortes votaron un crédito extraordinario para adquirir el cuadro *Doña Juana la Loca*, cuadro que yo considero como la última de las obras maestras de la pintura de historia de la escuela española contemporánea.

R. Balsa de la Vega

## NUESTROS GRABADOS

**En el café de Viena, cuadro de Pedro Sáenz.** — El elegante café y repostería que con el nombre de *Viena* se abrió hace algunos años en la calle de Alcalá fué durante bastante tiempo punto de reunión de lo más escogido de la corte. Allí acudían las personalidades más importantes de la política y de la literatura madrileñas, que se pasaban las horas en interesantes discusiones de los problemas de la cosa pública los unos, y los otros de asuntos literarios, del último estreno, de la novela recién salida, del drama próximo á ponerse en escena, del poema que en breve se publicaría; delante de sus puertas deteníanse, al regreso de la Castellana ó del Retiro, los más lujosos trenes, de donde descendían las damas que en Madrid más se distinguían por su elegancia ó por su belleza para tomar el hirviente aromático te en invierno ó el exquisito sorbete en verano; sus mesas se poblaban á la salida de los teatros de esos elementos que por lo mismo que empiezan á vivir cuando el sol se pone se encuentran con que la media noche es para ellos lo que para nosotros es mediodía: en suma, la concurrencia variaba según las horas, pero siempre era numerosa y selecta, selecta, entendiéndose bien, en todos aun en los más opuestos órdenes de la sociedad. Algo ha perdido *Viena* de su esplendor antiguo; pero como quien tuvo retuvo, aún conserva ese sello es-



CASANDRA, escultura de Max Klinger



EN ÉXTASIS, cuadro de Max Levis

pecial que, como á las personas bien nacidas, acompaña hasta en los períodos de desgracia á todo lo que en época de prosperidad fué admirado por su distinción: todavía se congregan en aquel local políticos y literatos célebres, mujeres hermosas, pollos de la *high life*. Nuestro querido colaborador D. Pedro Sáenz, varias de cuyas obras, como *La tentación de San Antonio*, *En el palco*, *Coquetaría* y *Desengaño*, han podido admirar nuestros lectores en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, ha tomado



El general de división Sr. García Navarro, recientemente ascendido por sus brillantes hechos de armas en la campaña de Cuba (de fotografía de Napoleón)

por asunto del cuadro que hoy reproducimos á una de esas bellezas femeninas concurrentes á *Viena*, sintetizando, por decirlo así, en este tipo la sociedad que frecuenta aquel acreditado establecimiento. En su obra, el Sr. Sáenz confirma las excepcionales aptitudes artísticas de que buenas pruebas había dado en sus anteriores producciones y que se traducen en una corrección de líneas, en una finura de tonos y en una naturalidad que le acreditan de hábil dibujante, de colorista de buena cepa y de perfecto observador. En *Viena*, que figuró en la última Exposición general de Bellas Artes en Madrid y que mereció elogios de la crítica madrileña, fué premiado con medalla de tercera clase.

**El general García Navarro.**—Procede este bizarro cuanto entendido militar del cuerpo de Estado Mayor y cuenta cincuenta años: hizo la anterior campaña de Cuba, distinguiéndose por su talento, actividad y valor; en 1878, siendo comandante de Estado Mayor, ascendió á coronel de ejército, y poco después fué condecorado con la cruz de tercera clase del Mérito Militar roja por haber derrotado cerca de Remedios las partidas de Pancho Carrillo. Cuando los sucesos de Melilla fué destinado á Marruecos, ascendiendo en 1893 á teniente coronel del cuerpo y al poco tiempo á general de brigada. Después de larga permanencia en Africa regresó á España; pero á los pocos días de su llegada á Barcelona, residencia de su familia, fué llamado á Cuba por el general Martínez Campos, quien le confió el mando de una brigada en el departamento Oriental. Desde entonces el nombre del general Navarro ha venido figurando siempre entre los que más activamente han perseguido á los insurrectos, combatiendo contra ellos sin descanso en Las Villas, Matanzas y la Habana, y derrotando últimamente á las fuerzas de Maceo y Máximo Gómez en la memorable acción de Seiba del Agua, por la cual ha sido ascendido á general de división, justa recompensa á sus grandes merecimientos. El general García Navarro es muy conocido y estimado en Barcelona, en donde ha residido muchos años y en donde con motivo de las huelgas en 1890 dió muestras, no sólo de su tacto y decisión al frente de los batallones de Luchana y San Quintín, sino que también de su ilustración y perspicacia en la información que por encargo del general Blanco llevó á cabo en la cuenca del Llobregat, estudiando las causas de las huelgas y proponiendo los medios para evitarlas en lo sucesivo.

**Casandra, escultura de Max Klinger.**—El celebrado escultor alemán Max Klinger ha representado en esta obra á la infeliz *Casandra*, que recibió del por ella desdeñado Apolo el don de predecir lo futuro sin que nadie prestase fe á sus predicciones. La profetisa prevé los males que amenazan á su patria; su alma llénase de desconsuelo al pensar en la próxima destrucción de Troya, y su mirada vaga húndese en el porvenir, que aparece claro ante sus ojos. A estos sentimientos responde la forma de la hermosa obra de Klinger: el cuerpo está algo inclinado hacia adelante cual si quisiera acercarse más á la verdad que prevé y sus manos se cruzan algo crispadas al considerar el porvenir que se aproxima. Esta escultura, como la mayor parte de las que modela su autor, ha sido hecha con materiales de distintos colores y pintada en algunos sitios: las partes del cuerpo que aparecen al descubierto son de mármol de color de carne, el manto de alabastro rojizo y los ojos de azabache; los labios están pintados de encarnado, el cabello de color castaño, y de verde y blanco la cinta que oprime la cabellera encima de la frente. *Casandra* ha sido adquirida por el Museo Municipal de Leipzig.

**En éxtasis, cuadro de Max Levis.**—No hemos de discutir cuáles artistas responden mejor á los fines del arte, si aquellos que representan lo que ven sus ojos ó los que trasladan al lienzo impresiones que recibe su espíritu excitado en determinados sentidos: entendemos que unos y otros pueden

despertar en nosotros la emoción estética, y creemos, por lo tanto, que unos y otros, aun con tan diversas tendencias, cumplen el objetivo artístico si sus obras nos hacen sentir lo que ellos se propusieron. La pintura de Max Levis pertenece á una escuela que algunos desdeñan en absoluto, con sobrada injusticia y manifiesta exageración; y aunque la hermosa expresión de esa joven en éxtasis no pudo ser tomada de la vida real y hubo de ser producto del sentimiento del pintor, hay tanta belleza en aquel rostro, tanta vida y tanta poesía en aquellos ojos fijos en un más allá sólo por el alma entrevistado, que negar el dictado de admirable á esta obra, mirarla con desdén porque no se ajusta á los cánones que el moderno realismo pretende imponer, equivaldría á renegar de uno de los géneros pictóricos que más maravillas nos ha legado y á matar en el alma del artista esos impulsos que obran en él con tanta intensidad como las mismas percepciones puramente externas que impresionan sus sentidos.

**El traperero, cuadro de Juan Luna.**—Bien conocido es en el mundo del arte el ilustre pintor Sr. Luna y no hemos por consiguiente de insistir sobre los méritos de sus obras, máxime cuando en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se han publicado varias de ellas y con este motivo nos hemos ocupado de las excepcionales cualidades que adornan á tan apreciado artista. El grabado, copia de un cuadro suyo, que reproducimos representa el tipo de uno de esos infelices que en todas partes se ganan la vida revolviendo montones de basura y entresacando de ellos los mil objetos que allí arrojaron por inútiles sus dueños y que el pobre traperero aprovechará para su miserable industria. Hay en esta composición, con ser tan sencilla, elementos suficientes para comprender cuáles son las cualidades características de su autor, entre las que sobresale indudablemente el vigor del dibujo y de la pincelada, que revela un temperamento ardiente y una imaginación viva, á impulsos de la cual muévase la mano con energía y seguridad admirables.

**Pablo Verlaine.**—A la edad de cincuenta y dos años ha muerto Verlaine, el príncipe de los poetas, como algunos le llamaban: enfermo desde hace muchos años, pasábase largas temporadas en el hospital Broussais, al que él denominaba su palacio de invierno. Bohemio empedernido, sus admirables composiciones son reflejo del desequilibrio que en su organismo produjo una vida de desórdenes y de excesos, y la mayor parte de sus armoniosos versos fueron escritos sobre la mesa de un café y entre sorbo y sorbo de ajenjo. En estos últimos años ha-



El ilustre poeta francés Pablo Verlaine, muerto en 8 de enero de 1896

bíanse modificado notablemente sus costumbres. El autor de los *Poemes Saturniens*, de los *Poemes Maudits*, de las *Fêtes Galantes*, de *Romances*, de *Sagesse* y de tantas otras joyas de la moderna poesía francesa fué siempre sencillo, ingenuo, bueno para el prójimo y en el fondo sincero creyente.

**D. Camilo Vidal.**—Entre los españoles residentes en América que mayores pruebas han dado de su acendrado patriotismo, distínguese el Sr. Vidal, establecido desde hace algunos años en Montevideo, en donde en la actualidad dirige el acreditado diario *La España*: él fué el iniciador y el alma de la organización de las expediciones que del Río de la Plata marcharon á Cuba en los vapores *San Francisco* y *San Fernando*, llevando á nuestros soldados de la gran Antilla un refuerzo de dos mil voluntarios á quienes sus compatriotas del Uruguay y de la Argentina socorrieron abundantemente con ropas y dinero. Por sus iniciativas ha sido agraciado el Sr. Vidal por el gobierno español con la gran cruz del Mérito Naval de segunda clase. D. Camilo Vidal nació en Bilbao, y durante la última guerra carlista defendió con tanto entusiasmo como valor la causa de la libertad: ha sido redactor del *Iruñac bat* y director de *El Guipuzcoano*, y se halla en posesión, además de la antes citada, de la encomienda de Isabel la Católica, de la Cruz roja de primera clase del Mérito Militar, de la cruz de Amadeo y de la medalla de Alfonso XII. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA al honrarle hoy con la publicación de su retrato, que debemos á la galantería de D. N. Ruiz de Saavedra, saluda con entusiasmo al compatriota insigne que tantos títulos se ha conquistado al agradecimiento de España.

MISCELÁNEA

**Teatros.**—*Madrid.*—Una nueva empresa se ha hecho cargo del Teatro Real, que en estos días abrirá nuevamente sus puertas con una notable compañía de ópera, en la cual figuran artistas de gran mérito, ya aplaudidos por el público madrileño muchos de ellos. Se han estrenado con buen éxito: en Lara *La cantina*, sainete de costumbres militares en un acto, original de D. Pablo Parellada (Melitón González), que

aunque inferior á *Los asistentes*, del propio autor, abunda en chistes y escenas de mucha vis cómica; y en la Zarzuela *La rueda de la fortuna*, zarzuela en un acto de los Sres. Larra y Gullón, con preciosa música del maestro Caballero.

*Barcelona.*—En el Liceo se ha cantado con muy buen éxito la ópera del maestro Ponchielli *Gioconda*, en cuyo desempeño han conseguido muchos aplausos la señora Borelli, el Sr. Cardinali y el director Sr. Vanzo. Los beneficios de la señorita Pinkert y del Sr. Cardinali, que escogieron la primera la bellí-



D. Camilo Vidal, director de *La España*, de Montevideo, é iniciador y organizador de las expediciones de voluntarios á Cuba desde el Río de la Plata.

sima ópera de Meyerbeer *Dinorah* y el segundo la aplaudida obra de Verdi *Otelo*, valieron sendas ovaciones á los beneficiados. En Novedades se ha representado con gran éxito la conocida comedia de magia *Urganda la desconocida*, que ha sido puesta en escena con gran lujo, habiendo pintado varias hermosas decoraciones los conocidos escenógrafos Sres. Carerras, Moragas y Chía y habiéndose confeccionado más de quinientos trajes según los figurines del reputado dibujante señor Labarta.

Necrología. — Han fallecido:

Mistress Stirling, célebre actriz inglesa.  
Jorge H. Kidd, eminente cirujano irlandés, presidente del Real Colegio de Cirujanos y de la Real Academia de Medicina de Irlanda.

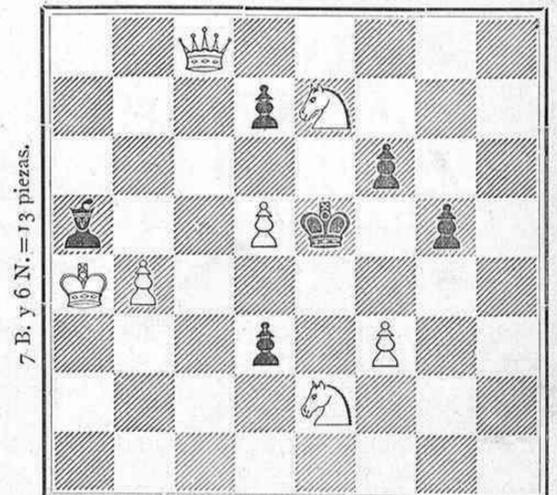
Luciano Doucet, notable pintor francés.  
José M.<sup>a</sup> Graniello, miembro del Sacro Colegio de Cardenales.

En esta estación es en la que es preciso ensayar los productos preconizados para los cuidados del cutis. A pesar de las intemperies, la cara y las manos permanecen intactos, si se emplean la CREMA SIMON, los POLVOS DE ARROZ SIMON y el JABÓN SIMON. La crema Simón no es un afeite, es el Cold-Cream por excelencia. Exíjase en cada frasco la firma

J. SIMON, 13, r. Grange-Bate'ièrre, PARÍS.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 3, POR JUAN CARBÓ  
NEGRAS



BLANCAS  
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 2, POR JOSÉ TOLOSA

- |            |                 |
|------------|-----------------|
| Blancas.   | Negras.         |
| 1. C 5 D   | 1. P toma C (*) |
| 2. C 5 R   | 2. Cualquiera.  |
| 3. D mate. |                 |

(\*) Si las negras juegan 1. A 3 A R, las blancas contestan 2. C de 5 D toma A y 3. D mate, - y si 1. P 4 R ú otra jugada cualquiera, 2. C 7 R, etc.

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA DE JUANA MAIRET. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Y Mila cantó, subyugada, modificando su interpretación, comprendiendo con su instinto de artista hasta en las notas más finas y ligeras los cambios que se le pedían.

Cuando hubo concluído, el viajero se levantó.

— Gracias, dijo, me ha proporcionado usted una de las grandes alegrías en mi vida de músico.

Y luego, como si por primera vez se diese cuenta de lo que había hecho, paseó una mirada inquieta y de asombro á la vez por el pequeño salón, tan sencillo y trivial; miró á la mujer radiante de hermosura, poseída aún de la emoción artística; contempló después su propio traje y el saco cubierto de polvo que estaba en el rincón, y sonrojóse, balbuceando:

— No sé verdaderamente cómo excusarme, señora...

Mila soltó una carcajada, tan franca, tan sonora y alegre, que muy pronto el viajero, dejándose llevar de aquella alegría, comenzó á reír también, y su confusión desapareció.

— A decir verdad, observó Mila, nuestra primera entrevista no está nada conforme con las conveniencias sociales; pero esté usted seguro que no me resentiré por esto, Sr. Francisco Villeroy...

— ¿Cómo sabe usted mi nombre?

— Solamente el autor de esa deliciosa música hubiera podido penetrar tan bruscamente en mi salón con la esperanza de que se le perdonase.

— ¿Quién le enseñó á usted esa música? No puede ser más que una persona en el mundo...

— Pues esa persona es, el Sr. Hugo Macready, que cierto día, en lo alto de una montaña, mirando el Océano Pacífico y el sublime país que se extiende en sus orillas, me enseñó á cantar la *Odelette*. Yo no era entonces más que una salvaje; pero á él le pareció que era preciso cultivar mi voz; y gracias á él, aunque me ha prohibido decirlo, debo *debutar* en el teatro de la Opera dentro de pocos meses.

— ¿Entonces será usted...?

— Me llamo Mila Harcourt; pero el nombre que figura en los carteles es Mila del Paso. Mi madre nació en este lugar, en el límite de México y de Tejas; mi padre era americano, y yo he tomado el nombre que más me relaciona con mi madre, á la que jamás conocí.

Francisco Villeroy, súbitamente confuso, no sabía si debía saludar y marcharse ó permanecer allí, como era su deseo.

— Siéntese usted al piano, caballero, yo se lo suplico, dijo Mila. No debemos tratarnos como extraños, puesto que el Sr. Macready ha sido bueno para usted, como lo fué para mí también. Conozco una parte de la historia de usted.

— ¡Ah!..

Villeroy no dijo más; fué á sentarse al piano, y comenzó á improvisar á la sordina, modulando extraños acordes, vagos como la brisa de la noche en el bosque; y mientras tocaba, con la vista perdida en el espacio, proseguía la conversación. Cuando estaba así al piano, no había entorpecimiento para él; todo lo decía fácilmente; y hasta las cosas más extraordinarias, que no extrañaban ya, iban acompañadas de

su música soñadora. En efecto, Mila no pensó un instante en escandalizarse.

— Es un hombre muy extraño ese Macready, dijo Villeroy. ¿Dónde está?

— No lo sé; apenas le he visto hace dos años. Cuando terminaron mis estudios y hube obtenido una contrata muy modesta, rehusé aceptar por más tiempo sus beneficios, y á causa de esto se incomodó, jurando que no se interesaría más por mí, puesto que me

nuevas máquinas. Todo es algo excesivo en nuestro país; los frutos son más sabrosos y las flores tienen más perfume que en Europa, mientras que en los seres humanos la savia bulle con mayor violencia. La pasión domina en todos los actos, en la lucha por la existencia, en el afán desenfrenado de ganar dinero, ó en la presunción de un ideal cualquiera; pero no se tiene tiempo para detenerse ni un momento en el camino á fin de cantar amores á una dama.

— ¿Y por qué no se tendría el mismo ardimiento en perseguir á una mujer que en el propósito de obtener un talego de duros? Créame usted, el Sr. Macready sabe amar.

— Tal vez; pero dejemos al Sr. Macready y hábleme usted de sí propio. Creo que el principio de su carrera en la vida ha sido penoso...

— ¿Le ha dicho él á usted eso? Sí, he desempeñado muchos oficios; he dado lecciones á señoritas, á porteras, y he debido tocar el piano para que bailasen las damas del gran mundo. No encontré á menudo personas bondadosas que me sustituyeran cuando yo estaba rendido de cansancio..., y sepa usted que una vez, cuando fuí á cobrar al día siguiente, la dueña de la casa, mujer cinco veces millonaria, me descontó tres francos porque uno de los concurrentes había hecho parte de mi trabajo.

— ¡Eso no es posible!

— No parece verosímil; pero es verdad.

— Sin embargo, después todo ha debido serle fácil. Ha obtenido usted un premio en Roma...

Francisco Villeroy, que seguía tocando, se interrumpió bruscamente, volviéndose hacia la joven; después, sin expresar lo que iba á decir, permaneció algunos instantes silencioso, y luego continuó arrancando de las cuerdas del piano notas tan tristes que parecían verdaderos gemidos.

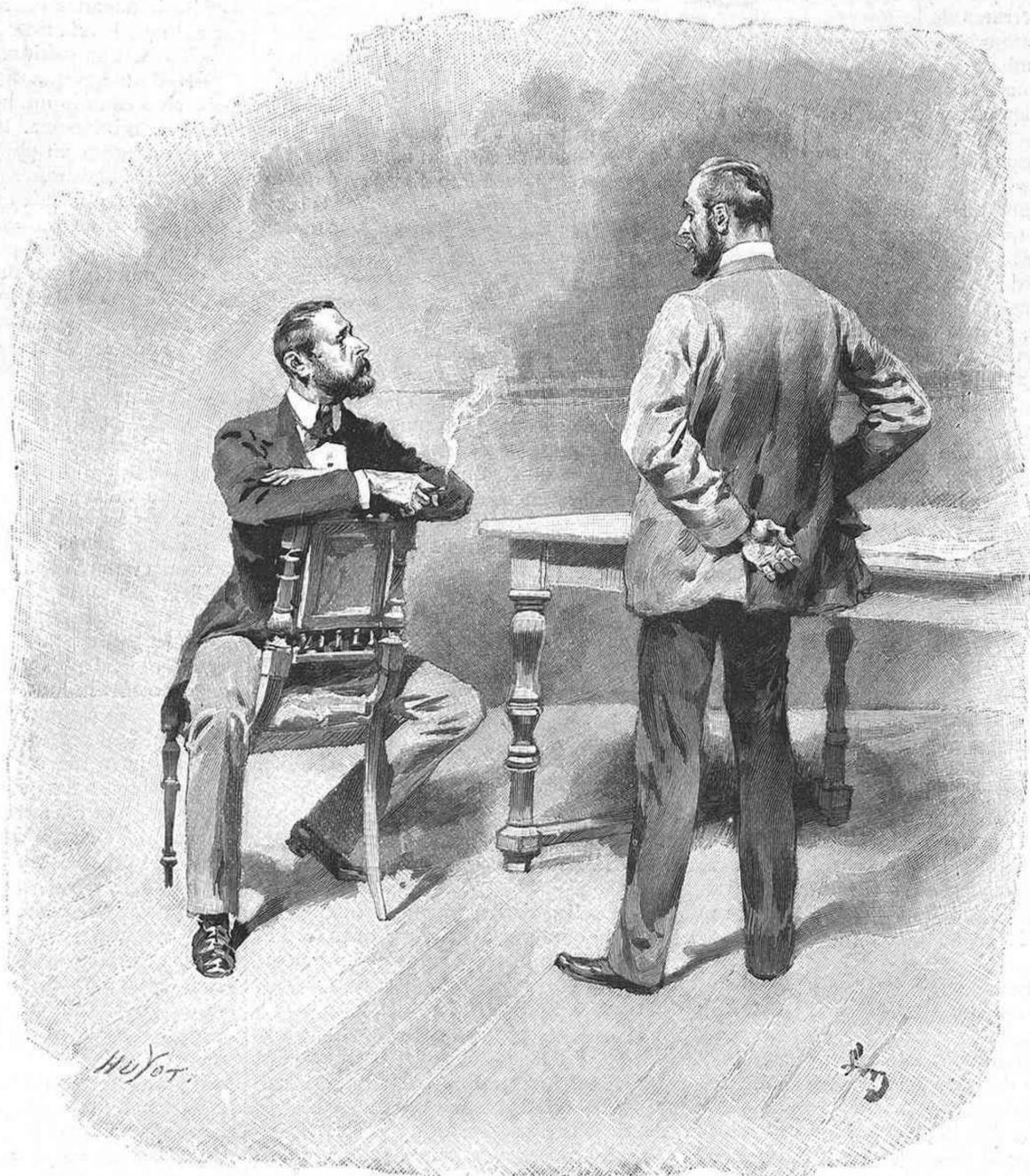
— Sí, he estado en Roma, dijo al fin, y el recuerdo de aquellos años es para mí

inolvidable. Todo canta bajo aquel hermoso cielo. Teníamos un bosquecillo lleno de ruiseñores, y he pasado noches ideales. Todos éramos jóvenes y felices; los rumores del mundo, la lucha por la vida, las livianas pasiones, todo esto llegaba hasta nosotros como un eco sordo, como podría llegar hasta el fondo de este retiro el ruido de las olas de un mar borrascoso, y no fijábamos en ello la atención. El trabajo pacífico bajo un cielo puro, ¡qué sueño! Pero los sueños duran poco; después...

Villeroy se interrumpió, terminando la frase con su música, en aquel momento de acordes bruscos y casi brutales.

— ¿Después?.., preguntó Mila con dulzura.

— ¿Qué quiere usted que le diga, señorita? Mi historia es trivial en fuerza de ser verdadera, es la de nueve músicos de cada diez. En nuestra clase no basta tener algo que decir; se necesita encontrar quien nos escuche. El saber no es suficiente; se ha de tener maña. De vez en cuando un nombre llega á ser conocido y hasta célebre; una ópera nueva se mantiene en los carteles, y todos se informan ¿Quién es ese joven que triunfa? Algunas veces, el tal joven tiene ya sesenta años, y la ópera que ha obtenido éxito ha estado veinte ó treinta en cartera. El nom-



Y tomando una silla, el Sr. Macready se sentó á horcajadas

creía bastante fuerte para volar con mis propias alas. Sin embargo, una noche cuando cantaba en Bruselas le vi en un palco; pero antes de terminar la representación había desaparecido.

— Seguramente está enamorado de usted.

— ¿Enamorado de mí?.. ¡Pero si podría ser mi padre!

— ¿Cree usted que eso importa? ¿Cómo puede usted imaginar que un hombre descubra una maravilla, maravilla de juventud, de belleza y de talento..., pues en usted se halla todo esto..., y que se muestre insensible á la vista de semejante portentoso?

— ¡Pero caballero!

— No se enoje usted, y déjeme hablar, pensar en alta voz... O si usted lo prefiere, cerraré el piano, volveré vestido como cualquier caballero, seré muy cumplido y fastidioso, le daré mis excusas y me iré. ¿Lo quiere usted así?

— No, quédese usted; mas por favor no imite usted á la mayoría de los franceses, que hacen novela allí donde no existe, pues de lo contrario reñiríamos..., á pesar de la música. El Sr. Macready es un entusiasta del arte, y en la investigación de lo bello emplea esa energía, esa perseverancia de que hacen gala sus compatriotas para ganar dinero ó inventar

bre del autor, conocido tan sólo en un limitado círculo de amigos, ha figurado en algunos conciertos ó en el extranjero; cuando París le aclama, es ya un viejo achacoso, triste, y su triunfo le importa poco, porque está próxima la hora de su muerte. A menudo sucede que cuando ha dejado de existir es cuando su nombre adquiere celebridad. Sin embargo, como era necesario vivir durante esos largos años de espera, el compositor de grandes ambiciones, escaso de recursos, se gasta en trabajos indignos de él, sobre todo si el desgraciado tiene mucha familia, mujer é hijos... Entonces su valor se debilita, en fuerza de las miserias de cada día; sería necesario un gran talento, una rara energía, para resistir á tantas contrariedades, y generalmente se sucumbe. ¡Sobre cuántos vivos se podrían escribir las palabras!: «¡Aquí yace un genio muerto!»

— El verdadero genio no sucumbe, dijo orgullosamente Mila.

— Usted cree eso, señorita, porque es joven y porque no ha conocido aún los terrores de la miseria. A Dios gracias, siempre ha ignorado usted la angustia del día siguiente. Sin embargo, hay mujeres que han debido sobrellevar, como nosotros, los peligros de la miseria, y para ellas, cuando son hermosas...

Villeroy se interrumpió, y después de algunos instantes de silencio, dijo de pronto:

— Ahora cánteme usted alguna cosa, para llevar conmigo el sonido de su voz, que me dará alegría, inspirándome valor. Cante usted algo de Mozart, de esa música de un espíritu sano de la cual se desborda la vida como de usted misma.

— Cantaré lo que usted guste, y tanto cuanto quiera. Deseo que ame mi voz, pues algún día, más tarde, cuando usted haya hecho alguna obra maestra, yo seré su intérprete. Para aquel día le prometo obtener buen éxito.

Francisco Villeroy, como extraviado y sin darse cuenta absolutamente de lo que hacía, volvió hacia la cantante, y tomando su mano, la besó como un devoto besaría una santa reliquia. Estaba tan lejos de las cosas reales, obrando como en un sueño, que Mila no se escandalizó; no era á ella á quien rendía culto, sino á la música, al porvenir que representaba.

Después, recobrando súbitamente su carácter de músico, y hasta de profesor, hizo cantar á Mila el delicioso *Non so più cosa dir...*

La tía Deborah entró de repente como un huracán; pero detúvose bruscamente, estupefacta, al ver al desconocido sentado familiarmente al piano de su sobrina.

— Tía, dijo Mila sonriendo, presento á usted al señor Francisco Villeroy, autor de *Odelette*, de esa *música profana*. Aquí tiene usted al profano. Ha entrado por la ventana, cosa más original tal vez que regular, y aunque no hemos sido «presentados» nunca uno á otro, ya somos los mejores amigos del mundo. ¿No es verdad, caballero? Recíbale usted bien, tía Deborah.

La señora Fletcher, no comprendiendo bien aquella broma, apenas hizo un ligero saludo, y Villeroy, entorpecido de nuevo por aquella interrupción, no supo qué decir. Roto el encanto, dirigió una mirada hacia su morral y su bastón y después á la puerta; deseaba irse y no sabía cómo arreglarse.

— Dispense usted, caballero, dijo la señora Fletcher: como extranjera, no estoy al corriente de las ideas modernas y de la música de hoy día. Me he conservado fiel á Beethoven, y no me va mal.

La tía Deborah no hablaba bien el francés; pero sabía hacerse comprender y decir claramente lo que deseaba expresar.

— Guarde usted su fe en Beethoven, señora, dijo Villeroy; no perderá nada en ello.

Y comenzó á ponerse el morral para irse.

— No, no, caballero, dijo alegremente Mila; deseo demasiado oír algunas de sus composiciones para permitirle que se marche así. Mi tía y yo invitamos á usted á comer con nosotras.

— No, no podría..., aún debo recorrer dos leguas antes de la noche. Gracias, añadió, tomando la mano de la joven, gracias y adiós.

Villeroy estaba ya en la galería.

— Hasta la vista, querrá usted decir, repuso Mila.

— ¡Quién sabe!..

Estas dos palabras se oyeron ya lejos. Muy pronto la delgada silueta del músico desapareció detrás de una arboleda.

— ¡Cómo!, exclamó la tía Deborah. ¿Ahora recibes á los vagabundos y á los locos que pasan por el camino? Debías avisarme.

— Los verdaderos genios son todos un poco locos, según dicen, y el Sr. Villeroy es un genio, replicó Mila.

— Pues yo prefiero entonces el talento al genio,

dijo la tía, y también las personas que llaman á la puerta á las que entran por la ventana. ¡Convidarle á comer!.. ¡No hubiera faltado más que eso!.. Bien hice en salir de Seaport para venir á velar sobre ti.

Mila se contentó con sonreírse; después se asomó al balcón, y apoyada de codos en la barandilla, con expresión meditabunda, siguió con los ojos á las gondolinas, que cruzaban el aire, lanzando su agudo grito, y comenzó á cantar con mucha dulzura una de las estrofas de *Odelette*, terminada la cual se puso á meditar.

Vivir como ella vivía, no pensar más que en su arte, no soñar más que en sus triunfos de artista, cerrar resueltamente su corazón á los sentimientos humanos, comprendiéndolos en los demás y no queriéndolos para sí, ¿no era esto perder en vano el tiempo?..

También pensaba confusamente que no sería una artista completa hasta que fuera verdadera mujer. Había aprendido de su arte todo cuanto se le podía enseñar; y su maravillosa voz, bien suavizada, era propia para emitir todas las notas posibles. Cuando tuvo ocasión de dar á conocer los recursos de aquella voz, habíanla aplaudido; el gran maestro francés debió admirarla sinceramente, puesto que sacó á la artista de su obscuridad; y sin embargo, no se le ocultaba que los aplausos se dirigían sobre todo á la mujer de talento, que cantaba como discípula á quien se ha enseñado perfectamente; pero que jamás comovió á las multitudes como lo hacen las verdaderas y grandes artistas. ¿Por qué?

Entonces se dijo que en toda su carrera, comenzada dos años antes, nunca había cantado como acababa de hacerlo para Francisco Villeroy. Este ejercía sobre ella una influencia extraña, que no era sin embargo únicamente la del maestro, la del músico, sino otra cosa. Toda su naturaleza vibraba bajo el encanto de su música, y de su mirada también. Mila apoyó su mejilla en la mano que él había besado, y sintió una impresión de exquisita dulzura, pero al mismo tiempo una tristeza profunda, ella, que era de carácter tan alegre; pero una tristeza sin amargura, á la cual se abandonaba, pareciéndole que volvía á ser niña, pequeña y humilde.

## IV

Francisco Villeroy habitaba en Passy, en una calle tranquila, una modesta casa muy alta. Su habitación, medio ocupada por el piano, tenía un balcón muy grande, casi un terrado.

Cansado de trabajar, el músico asomóse al balcón fumando uno de esos cigarrillos que se han de encender de continuo y se apagan casi al punto, y cuyas espirales de humo blanco agradábale seguir pezonesamente con la vista cuando se elevaban por el aire.

Era uno de esos días claros, fríos y de mucho sol propios del mes de octubre. Una parra trepaba á lo largo del balcón, dejando caer lentamente sus hojas de un color rojizo de sangre. El Bosque de Bolonia, muy hermoso en aquel momento, se extendía casi á sus pies, y el Monte Valeriano se destacaba claramente bajo un cielo puro y hermoso. Un bienestar indecible suavizaba los nervios de Villeroy, y disrta de esa felicidad tan dulce que nos proporcionan el sol, la tierra que ostenta sus galas y el aire fresco y puro. En su cerebro calmado cantaba aún el ritmo melódico que le había perseguido toda la mañana y de que al fin era dueño. La alegría del artista, satisfecho de su obra — satisfecho por el pronto, sin perjuicio de inutilizar después lo que un momento antes le había encantado, — se mezclaba deliciosamente con la que comunicaba un sol esplendoroso.

— ¡Buenos días!, dijo á su oído una voz clara, de acento ligeramente extranjero.

Francisco se volvió vivamente, arrancado de su meditación tan de improviso: el Sr. Macready estaba á su lado, ofreciéndole la mano y sonriendo. Iba vestido, como siempre, con un esmero extremado, y estaba tranquilo y sereno. Hubiérase dicho que se había reparado del músico la noche anterior, y que se disponía á continuar una conversación interrumpida; pero hacía ya tres años que aquellos dos hombres no se habían visto.

— ¿Le sorprende á usted verme?, dijo el Sr. Macready. Es muy extraño. A mí no me sorprende nada. La anciana Teresa me ha reconocido y dejado entrar, aunque guarda bien la puerta de usted, y heme aquí.

— Sí, estoy sorprendido, y sobre todo contento. La verdad es que me parecía sentir una dicha próxima en el aire que aspiraba con alegría.

— Exageración, siempre y en todo. Eso es cosa de nervios; hace buen tiempo, y usted siente su influencia, siendo, como es, un barómetro vivo.

Y tomando una silla, el Sr. Macready se sentó á

horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo, y comenzó á fumar un gran cigarro muy fuerte.

— ¿Sabe usted que hace tres años que no da señales de vida?, dijo Villeroy.

— Ya lo sé. ¿Qué más?

— Le he escrito á usted y no me ha contestado.

El Sr. Macready se encogió de hombros, sonriendo de nuevo.

— Nada tenía que decir á usted, ó tal vez demasiado, como le plazca; y por otra parte, las cosas escritas adquieren una importancia que me asusta. Cuando uno ve su propio pensamiento en blanco y en negro, este pensamiento cambia de carácter y se acentúa; y extrañase haber sufrido, ó disfrutado de las cosas de la vida con una intensidad muy poco conforme con la mediocridad de su verdadera naturaleza. Quiérase ó no, siempre se hace literatura cuando se tiene la pluma en la mano, y la literatura personal es la que más aborrezco en el mundo. Hasta para las lágrimas verdaderamente sinceras se tiene la preocupación de hacerlas caer por las mejillas y no por la nariz, lo cual sería ridículo.

— Y usted ha sufrido... Dispéñeme...

— Nada tengo que dispensarle. Yo no he venido á verle sino cuando me ha parecido que me agradaría hablar de mi persona. Es un género de satisfacción que me permito un poco más raramente que la mayoría de los hombres, á quienes complace mucho detallar sus enfermedades morales ó físicas — sobre todo físicas; — pero en fin, esa satisfacción la busco algunas veces. Con usted pienso en voz alta, lo cual no importa mucho, pues de ordinario no me escucha, ó en todo caso olvida al punto lo que le refiero.

— Pues hoy, por extraordinario, contestó Francisco, sonriendo á su vez, estoy lúcido. Escucharé y recordaré.

— Pues no es lo mejor que usted podría hacer. Sí, he sufrido; tenía un hijo único, y ha muerto.

El Sr. Macready levantó la cabeza con ademán un poco altivo; no quería la compasión de los otros, ni aun la de Villeroy.

Pasados algunos instantes, continuó:

— No se me ocultaba que no viviría, y desde su infancia observé el mal que le ha minado lentamente. También sabía que era muy conveniente que muriese antes de haber transmitido una herencia implacablemente fatal; mas á pesar de esto, no dejé de hacer cuanto he podido para salvarle. Durante largos meses he vivido junto á él en una soledad absoluta, bajo un cielo singularmente benigno, y ha sido feliz á pesar de mi presencia. Era un joven muy sencillo, de carácter cariñoso como el de una mujer; pero yo le inquietaba y molestaba, y sin duda por eso repugnábale todo en mí, aunque al mismo tiempo le atraía. En cambio, todo en él me irritaba hasta el punto de exasperar mis nervios de hombre demasiado civilizado; mas á pesar de esto, le amaba. ¿Qué me impulsaba á martirizarle? No lo sé. Algunas veces adivinaba en él una ternura que se desbordaba, un impulso infantil, pero encantador, y otras hubiera dado mi fortuna, cinco años de lo que me queda de vida, para oír de su boca una palabra tierna y cariñosa; pero siempre permanecía silencioso, paralizado por el temor que yo le causaba. No comprendía mis atenciones; pero aunque las hubiese apreciado en su valor, dudo que hubiera sido capaz de corresponder á ellas, porque su facultad de amar era superficial, como sus tristezas y sus alegrías. Sin embargo, repito que era un joven encantador, de carácter débil; pero que se hacía simpático á todos por este defecto mismo.

— Sin duda se parecería á su madre, dijo Villeroy un poco aturdidamente.

El Sr. Macready permaneció impassible; pero su rostro, siempre pálido, tomó un color lívido. Sin embargo, pasado un instante, repuso con acento tranquilo:

— Tiene usted razón; era el retrato de su madre, sobre todo cuando, frío y rígido, reposaba en su lecho cubierto de flores. ¡La muerte ha sido clemente para él, á Dios gracias! Sus últimas palabras fueron: «¡Padre, déme usted un beso!» Así lo hice, y por primera vez desde su infancia ¿Por qué los seres humanos, que deberían ayudarse á soportar este cruel enigma de la vida, parecen empeñarse en hacerle más cruel aún? Si yo he sufrido algunas veces, también he hecho sufrir. Es una fortuna que mi hijo haya muerto, porque en su tumba por lo menos no le martirizaré más. Sin embargo, no soy malo; puedo tener pensamientos generosos; y también le diré, con toda sinceridad, que con frecuencia me ha ocurrido la idea de suicidarme, para librar al mundo de un ser tan inquieto, tan receloso y tan perjudicial como yo. Me parece que no lo he hecho por cobardía, por un vago temor á ese más allá, en el cual no creo mucho y que sin embargo tal vez existe.

El Sr. Macready dejó de hablar. Según decía muy

bien, delante de Villeroy pensaba en alta voz. El joven músico no se atrevió a interrumpir la meditación sombría en que estaba sumido el americano, y éste fué quien, volviendo en sí bruscamente, dijo con una voz muy distinta de la que le era peculiar:

— ¿Y usted, amigo mío? No crea que he venido simplemente á utilizarle como confidente de tragedia. Aunque parezca que le olvido, no es así. Ya sé que el invierno último se estrenó una composición sinfónica de usted, de la que hasta los críticos más severos han hecho algunos elogios, lo cual prueba que la creían merecedora de mucho más. ¿Ha quedado usted satisfecho de la ejecución?

— Muy satisfecho, y hasta he creído un instante que, gracias á ese ligero éxito, iba á salir de mi obscuridad. ¡Ver su nombre impreso en grandes caracteres en un programa de concierto, qué alegría! ¡Bah! Algunas semanas después volvía á ser esa cosa algo vaga, ese «premiado en Roma,» cuyo nombre se conoce, pero que continúa en la obscuridad, esperando una suerte extraordinaria: la representación de una ópera que, en vez de conservarse olvidada en una vieja cartera, se dé á conocer y obtenga buen éxito. Creo que esperaré mucho tiempo.

— ¿Y siempre anda usted apurado para vivir, mi pobre Villeroy?

El músico, alegremente, con la expresión de un niño feliz, que le transfiguró en aquel instante, contestó:

— ¡Nada de eso! Soy rico; tengo tres mil francos de renta. ¿Me entiende usted bien?.. *Tres mil.*

Y recaló estas palabras mágicas con la alegría del pillete que ha robado la más hermosa manzana en el jardín del vecino.

— ¡Qué fortuna!, exclamó el archimillonario. ¿Cuál es el origen de ese Pactolo?

— Muy sencillo. Mi abuelo materno, viejo campesino avaro y rapaz, que no había querido nunca tender la mano á su desgraciada hija, murió hace un año sin dejar testamento. Ha resultado que era muy rico, y así es que mi parte de la sucesión me da, según he dicho, tres hermosos billetes de mil, es decir, la independencia, el derecho de trabajar para mí, para tener la alegría de producir sin pensar en el dinero. ¡Esto es la felicidad!

— ¿Y sus tres mil francos le bastan?

— ¡Cómo si me bastan! A mí se me figura que soy un Crespo, y estoy como confuso delante de mis compañeros, pareciéndome que nunca me piden prestado todo lo que considero que podrían pedirme.

— Le debe consolar á usted que no se lo devuelvan nunca.

— ¡Pardiez! ¿De qué les serviría devolverlo?

Y Francisco soltó una alegre carcajada, risa de niño, curiosa de oír en aquel trabajador inquieto, en aquel artista, cuyas tristezas se expresaban en sabias armonías. ¡Tan cierto es que la alegría se reduce comúnmente á una cosa exterior, como el centelleo de la cresta de las olas iluminadas por el sol, mientras que las formidables masas de agua conservan su color sombrío!

Después de haber dejado pasar aquel acceso de alegría, el Sr. Macready continuó su interrogatorio.

— ¿Y qué hace usted ahora?

Villeroy se acercó á su antiguo amigo, llenos los ojos de una misteriosa alegría, y le puso la mano sobre el brazo, como para solicitar una atención profunda.

— Trabajo, dijo, como nunca he trabajado. Escribo una ópera, una gran ópera.

— ¿Y ha encontrado usted un libreto que no sea insulso?

— Escuche usted, es adorable. ¿Recuerda usted aquel delicioso cuento de Andersen, titulado *La Pequeña Sirena*?

— Vagamente. Algo floja me parece la tal Sirena para una gran ópera.

— No, tal como lo entendemos mi poeta y yo. Mi pobre Simonet vive tan oscuro como su músico; mas puedo asegurar á usted que es un verdadero vate. Nos encontramos por casualidad, y dos días después éramos antiguos amigos. ¡Ah, tiene una paciencia de ángel! Trabajamos juntos; él alarga ó acorta, toma mis ideas, y hace de ellas cosas tan lindas, que no las reconozco. Siempre soñé con un asunto fantástico, que fuera, no obstante, un verdadero drama, la alegría para los ojos, y al mismo tiempo una historia humana que pueda interesar, apasionar, donde haya fondo, como dicen los críticos en su jerga.

— ¿Nada más que todo eso, y contenido en una historia de niño? Me hace usted cavilar.

— Una historia de niño, pero con más desarrollo, transfigurada, y que sea la historia eterna de la humanidad, enamorada de lo ideal, buscándole, desesperándose porque no le halla, volviendo á buscarle de nuevo y siempre, para no encontrar al fin más que

una imagen de él, debilitada sí, pero divina, puesto que se lo recuerda vagamente... Ya recordará usted... la pequeña sirena tiene quince años; le ha sido dado subir á la superficie del agua; allí ve un joven mortal, y ella, que no debe amar, le ama. Entonces canta, rodeada de sus compañeras, tan hermosas como ella; las olas se estrellan en medio de las escarpadas rocas, y el canto divino se eleva sobre el mugido del mar. Entre bastidores se oirá en lontananza otro muy alegre, que es el de los marineros; luego estalla la tempestad desencadenada, y siempre la voz de la sirena domina el estrépito de la tormenta, que no puede alcanzarla. El coro de los marineros, locos de terror ahora, se acerca más, su barco zozobra y la tempestad se calma. Muy pronto aparece un joven, cogido á un resto del naufragio; agotadas sus fuerzas, pide socorro; se desmaya; las sirenas le conducen hasta las rocas, y la más joven de ellas entona su canto divino, que el joven oye como en un sueño. Pero este canto se convierte luego en un grito de desesperación, porque la sirena quiere ser mujer á fin de amar... Llama á la hechicera de los abismos, la cual se presenta de improviso y le dice que será mujer y amará, para que le sirva de castigo. Como precio de sus filtros, la maga pide á la sirena el don de su voz maravillosa, que no le será devuelto hasta la noche y el momento de su muerte, pues ha de morir; la sirena consiente; sale de las olas, ya mujer, y sus compañeras se lamentan á coro. Para conquistar al hombre á quien ama no tendrá más que su belleza, el encanto de sus ojos y la gracia de sus movimientos. Y el joven, volviendo á la vida, oye aún el canto que le sedujo, y persistirá en su sueño, pidiendo al destino que le dé á conocer la mujer de la voz divina. La sirena no es más que una mujer muda, encontrada junto á las olas; una naufraga como él, sin duda; un regalo precioso del mar enfurecido, que el joven ama como se puede amar á una niña adorable y fantástica; mas al despertar, no es ella la primera que ha visto. Una hija de la tierra, una princesa rodeada de su corte, ve al joven desvanecido, y éste se complace en creer que la voz que oyó es la de ella. ¿Cómo adivinar que la pequeña muda ha cantado?.. Y no obstante, á través de las peripecias del drama, el naufrago se muestra inquieto y busca. Una noche oye de nuevo aquel canto — que será el principal motivo de mi obra, — ese canto que parece implorar y gemir; y loco de amor, el joven trata de coger entre sus brazos á la que le entona. Pero la hija de la tierra ha oído también aquella música adorable; retiene algunos fragmentos de ella y los murmura al oído del príncipe; y éste, como sucede á muchos, pasa junto á la felicidad sin sospecharla nunca... El reflejo de la perfección es ya cosa maravillosa; el príncipe ve en aquella joven un recuerdo, un ideal, y cree no amar más que á ella... Su pueblo quiere ver una reina junto al soberano, y la princesa, bella y seductora, es aclamada. La fiesta de bodas dura hasta la noche. Desde un terrado que domina el mar la sirena ve pasar por el salón de baile las parejas que giran rápidamente; mientras que la música triunfante produce sus armonías. La sirena recobra su voz, porque ha llegado la noche y debe morir; sus hermanas la llaman desde lejos, y una vez más se eleva su canto maravilloso, magnífico y puro, cerniéndose sobre sus pesares de ser mortal, como en la primera escena, y dominando el rumor de las olas. El príncipe, fuera de sí, precipítase hacia ella y reconoce á la pequeña muda; pero su belleza es tan sobrenatural como su canto, y la implora de rodillas. Entonces ella le revela su secreto, porque sabe que se acerca el momento de su muerte; y gracias á su poder de sirena, hará de modo que el príncipe no conserve de aquella escena de amor más que un dulce y vago recuerdo. Imagine usted lo que será ese dúo de amor puro, ideal y extraño, que ha de tener por término la muerte... Después de su confesión, después de un solo beso, la sirena abre sus brazos, llama á sus hermanas, y se deja caer al mar, puesto que para obtener aquel instante de dicha fué convertida en mortal... Cuando la esposa del príncipe encuentra á éste solo en el terrado, mira al mar, que fosforece bajo la claridad blanca de la luna, y el príncipe repite, atrayendo á sí á su joven esposa: «¿Conque no era más que un sueño?..»

— Podría oponer objeciones á ese libreto, amigo mío, dijo el Sr. Macready.

— ¡Oh, sí! Siempre hay objeciones; pero todo desaparecerá ante la magia de los versos y de la música. Ya verá usted; será un asunto palpitante de pasión, de poesía y de vida. Oigo el canto de la sirena en mis sueños y despierto; un poco más, y vivirá realmente. Necesito como acompañamiento el rumor de las olas. Durante este verano he seguido la orilla del mar por espacio de algunas semanas, escuchando el dulce ruido que produce el agua al deslizarse sobre

las finas arenas, y el rumor de las olas que van á chocar contra las rocas, ó que al retirarse hacen rodar los guijarros. He seguido la costa, avanzando siempre, sin saber dónde me detendría, anotando cada sonido y penetrándome de esa monotonía infinitamente variada, que en Bretaña es más majestuosa. Allí escuché la tempestad en Belle-île; y echado de bruces sobre la arena durante largas horas, oí el ruido formidable del Maumusson al otro lado de la isla de Oleron, en la gran soledad desolada de las dunas y á la sombra de los pinos, únicos árboles que crecen en aquel terreno arenoso. Allí la sirena me ha dejado oír su divina canción, y no soy yo quien la ha compuesto, pues le aseguro á usted que la he oído. Creo que la alegría me trastornó un poco, porque volví á mi posada como embriagado, y aquella misma noche quedó bosquejada la gran escena de mi ópera.

— Cántemela usted.

— ¡Es tan poca cosa en el piano! Es necesario representarse la gran orquesta de la Ópera: primeramente los efectos de arpa, una frase de flauta y sonidos infinitamente dulces y extraños; después los violines prosiguen el tema, desarrollándole en mayor extensión á lo infinito, hasta el momento en que, desde el fondo de los espacios, llega la tempestad, que amenaza primero y estalla al fin. Se debe adivinar el sol velado por las nubes que corren, el viento que encrespa las olas, y que desencadenado después, las acumula, las hace chocar y las rompe. Entonces, toda la orquesta resuena, formidable, furiosa, espléndida... y no se apaciguará sino para dejar oír esa voz divina que, dominando la borrasca, sin temerla, se eleva y baja, siguiendo en sus modulaciones el vaivén de las olas. Es preciso que en el canto se note la calma de las cosas sobrenaturales. El tumulto de las olas estará en la orquesta; la belleza eterna que le domina es risueña, porque es eterna también.

El músico, poseído de su sueño, fué á sentarse al piano, y sacó del ingrato instrumento sonidos de una dulzura exquisita. Sí, Villeroy había escuchado seguramente la voz de las olas, pues el Sr. Macready creyó ver de nuevo tranquilas playas, de finas arenas, y después otras orillas inhospitalarias de peligrosas rompientes. Con su voz muy velada y fina, maravillosamente suavizada y dirigida con mucho acierto, Villeroy cantó, y su sueño de poeta produjo honda impresión en el oyente. Rara vez música humana había franqueado así los límites que separan lo real de lo ultramundano, lo finito de lo infinito. Allí había ternura humana, ternura de mujer amante; pero sobre todo aspiraciones hacia un mundo distinto, donde la alegría será dulce y la tristeza feliz, donde no se contará el tiempo, y donde el alma, meciéndose en lo divino, se confundirá en la eternidad bendita.

El Sr. Macready, impresionado desde las primeras notas, apenas respiraba, porque su única felicidad, su única pasión era un amor profundo á la música. Escuchándola, hasta olvidaba su inquietud y sus enojos, él, que era el hombre desgraciado é inquieto por excelencia. Y escuchando, veía la escena, y pareciale oír una voz rara, una voz llena de seducciones, voz de sirena, en efecto, que cierto día de sol escuchó en lo alto de una montaña á la vista de las azuladas olas del Pacífico.

— Es una maravilla ese canto de sirena, amigo mío, dijo el Sr. Macready; es una obra maestra.

Villeroy no contestó; no hizo más que mover la cabeza, y con la vista vaga y excitado, siguió modulando frases lánguidas, llenas de armonía.

— Pero ¿dónde encontrará usted una mujer capaz de expresar lo que usted ha soñado?

— Ya la encontré, contestó Villeroy con voz de sonámbulo.

— ¡Ah!.. ¿Y se llama?

— Mila del Paso, y debe debutar la semana próxima en el *Tulismán* de Surgeres.

Al oír esto, el Sr. Macready, saliendo de su calma habitual, hizo un brusco movimiento.

— ¡Cómo!.. exclamó. Vamos, amigo Villeroy, vuelva usted á la vida real, y dígame cómo ha conocido á la señorita del Paso.

Villeroy tomó asiento en un taburete, enfrente del americano, y sonrió.

— Es muy sencillo, dijo. En mi viaje para buscar el canto de la sirena, y al pasar por delante de una casita situada en medio de un vergel normando, oí una voz de mujer que cantaba la *Odelette*, compuesta para usted, y sólo para usted. Aquella mujer tenía una voz exquisita, pero no avivaba bastante el movimiento. Salté por el jardín, franqueé después la ventana y me senté al piano antes de que la joven que cantaba tuviera tiempo de gritar. Por lo demás, aquella señorita se repuso muy pronto de su temor, y cantó la *Odelette* como yo quería que la cantase.

(Continuará)



EL TRAPERO, cuadro de Juan Luna y Novicio

## PRETORIA Y PORT ELIZABETH

Las guerras, á través de sus muchas desventajas y calamidades, tienen siquiera una ventaja que no deja de ser atendible: la de dar á conocer más ó menos detalladamente los puntos en que sus principales peripecias se desarrollan, despertando, desde el punto de vista geográfico, una curiosidad en muchos casos útil por lo que contribuye á difundir entre la masa del público unos conocimientos que hasta entonces le tenían perfectamente indiferente, siempre que no afectaran sus intereses.

Algo de esto sucede hoy con la región meridional

de Africa, en donde con motivo de la aventura del doctor Jameson invadiendo á mano armada el Transvaal, se ha fijado con alguna particularidad la atención de Europa, atención doblemente excitada por las noticias y grabados que vienen publicando las revistas especiales.

¿Quién se ocupaba hacía poco tiempo de dicha República ni de las principales poblaciones del Mediodía africano? ¿Quién se cuidaba de si había allí puertos, ni capitales como las que sirven de epígrafe á estos párrafos? Pero ha estallado allí la guerra, y aquellos nombres, conocidos, es verdad, de los que habían estudiado geografía, pero poco menos que

olvidados después, han vuelto á la memoria, y se buscan acerca de ellas los detalles descuidados y se desea averiguar sus condiciones y modo de ser, resultando de aquí, como al principio decimos, una ventaja para la difusión de los conocimientos geográficos.

A satisfacer esta curiosidad, en nuestra modesta esfera, van encaminadas estas líneas, en las que se indica algo de lo que son las mencionadas ciudades.

Pretoria, capital de la República Sudafricana ó del Transvaal, está situada á 378 kilómetros ONO. de Lourenço Marqués y de la bahía de Delagoa, esa posesión portuguesa de las playas africanas del mar Indico en la que tienen puestas sus codiciosas miradas los ingleses, en la región de las fuentes del río Limpopo, tributario de dicho mar, junto á la orilla izquierda del río Apies, afluente del Limpopo superior, que fertiliza su término, y á 1.356 metros de altitud sobre el nivel del mar. Su población es de 8.000 habitantes, inferior en esto á la ciudad de Johannesburg de la misma República, que hoy cuenta más de 40.000.

Pretoria fué así llamada en honor de Pretorius, el jefe de los boers fugitivo de la República de Orange en 1848, cuya cabeza fué puesta á precio por los ingleses, y que fué el primer presidente de la República Sudafricana. En 1855 se la designó para capital. Situada en un llano suavemente inclinado, ceñido al Norte por los Montes Magalies, ocupa una extensión de terreno bastante considerable, porque cada familia habita una casa entera. Está construída con bastante regularidad; pero no se parece en nada á las ciudades europeas. Sus calles son muy anchas y cortadas en ángulo recto; á ambos lados de ellas corre un arroyo cuyas aguas se utilizan para regar los jardines y huertas que hay alrededor de las casas. El agua sobrante va á parar al estrecho cauce del río Apies, que dirigiéndose al Norte, al través de una brecha de los Montes Magalies ó del «Rinoceronte negro,» se reúne, según queda indicado, con el Limpopo.

Las plazas públicas de Pretoria son tan grandes, que en ellas se apacientan los ganados de la ciudad y sirven además de lugar de campamento á las muchas familias que á ella afluyen del campo cuando se celebran las principales fiestas religiosas. Con frecuencia se las ve llenas de tiendas de campaña y de vagones en los que se albergan los numerosos huéspedes que llegan de todos los puntos del país.

Sin embargo, Pretoria propende cada vez más á perder su aspecto campestre, para adquirir la fisonomía de las poblaciones europeas. Desde que se ha convertido en un lugar de tránsito para los innumerables extranjeros á quienes la sed de oro conduce hacia el Norte, á los yacimientos auríferos ha pocos años descubiertos y que comunican á aquella región el aspecto que tiempo atrás presentaron California y Australia, Pretoria ha adquirido más animación, y al silencio de sus calles sucede el bullicioso movimiento cosmopolita; va aumentando el número de casas en el barrio central y á los mercados acuden muchedumbres considerables. Este movimiento se acentuará más cuando esté terminado el ferrocarril en construcción que debe enlazar á la capital con el Océano Indico, y crecerá grandemente cuando se construya otra vía férrea de Pretoria á Kimberley, vía de 522 kilómetros de longitud que la unirá con la red de ferrocarriles de la Colonia del Cabo; entonces la importancia comercial de esta ciudad, cuyas producciones no tienen hoy toda la fácil salida que sería de desear, excederá con mucho á la que hoy pueda tener como residencia del gobierno de la República Sudafricana.

La segunda de las ciudades á que hemos aludido, Port Elizabeth ó Puerto Isabel, puerto de la Colonia del Cabo, es cabeza del distrito del mismo nombre en la provincia del Sudeste, situada á 663 kilómetros al Este de la Ciudad del Cabo en la bahía de Algoa, tiene 18.000 habitantes y fué fundada en 1820; desde entonces ha adquirido tan considerable desarrollo que hoy se considera como el puerto más animado de toda el Africa meridional y excede en importancia comercial á la misma Ciudad del Cabo, tanto que hay líneas de vapores que van á Port Elizabeth sin tocar en el Cabo. La ciudad está construída en el suave declive de una colina; su calle principal tiene una longitud de cuatro kilómetros paralelamente á la playa, y sus arrabales cuyo caserío aumenta de día en día se extienden á lo largo de los caminos del interior. Los indígenas, cafres en su mayoría, se agrupan en tiendas fuera de la ciudad, á la que acuden para ganarse la vida en las obras del puerto. Un acueducto de cincuenta kilómetros lleva á ésta el agua necesaria para el consumo y para el riego de su magnífico jardín botánico y de los muchos particulares que rodean las casas. — S.



EL PALACIO DEL GOBIERNO EN PRETORIA, CAPITAL DE LA REPÚBLICA SUDAFRICANA Ó DEL TRANSVAAL (de fotografía)

**EL APIOL** de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**

Empleado con el mejor éxito **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**

**Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN** HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>la</sup> de Paris

**LABELONYE y C<sup>a</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.**

**Jarabe Laroze**

**DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

**JARABE al Bromuro de Potasio**

**DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S<sup>o</sup>-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones: **J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.**

Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**

Curadas por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

**CARNE, HIERRO y QUINA**

El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

**VINO FERRUGINOSO AROUD**

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anémia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloracion y la **Energia vital.**

Por mayor, en Paris, en casa de **J. FERRE, Farm<sup>e</sup>, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.**

SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**

Las Personas que conocen las **PILDORAS del D<sup>r</sup> DEHAUT DE PARIS**

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**

**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS**

**LA SAGRADA BIBLIA**

EDICIÓN ILUSTRADA

à 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**GARGANTA VOZ y BOCA**

**PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los S<sup>res</sup> PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma **Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS**

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

SEVILLA INTELLECTUAL, por D. José Cascales y Muñoz. — Bajo este título ha publicado en Madrid el conocido escritor sevillano Sr. Cascales un abultado volumen, que resume, en cierto modo, el movimiento intelectual contemporáneo de la poética ciudad del Guadalquivir. Setenta y cinco biografías de todos aquellos ingenios hispalenses que más se han distinguido en el cultivo de las letras y las artes componen el libro, galantemente escritas, con gran copia de datos y observaciones personales que dan á conocer el carácter y condiciones de cada biografiado.

Es una obra digna de ser conocida y destinada á prestar utilísimos servicios por el gran caudal de antecedentes que contiene, singularmente en el apéndice. Va precedida de una carta de Menéndez Pelayo.

Véndese en la librería de D. Victoriano Suárez, calle de Preciados, 48, Madrid, al precio de 5 pesetas cada ejemplar.

LA ESPAÑA MODERNA. — El último número de esta notable revista es muy importante. Entre los muchos estudios de gran interés que contiene, sobresale uno inédito de Doña Concepción Arenal acerca del estado actual de la mujer en España, y los Recuerdos de Echegaray, en los cuales nos refiere el ilustre dramaturgo sus memorias íntimas.

VILLANUEVA Y GELTRÚ Y SU INSTITUTO BALAGUER, por Francisco Gras y Elías. — El celebrado escritor Sr. Gras y Elías ha reunido en un folleto de cerca de cien páginas sus recuerdos de una excursión á Villanueva y Geltrú, consagrando especial atención al Museo-Biblioteca Balaguer, esta institución hermosa, timbre de gloria para uno de los hijos predilectos de nuestra amada tierra catalana. El Sr. Gras y Elías con la ga-



LA CALLE PRINCIPAL DE PORT-ELIZABETH, el puerto más importante de la colonia inglesa del Cabo (de una fotografía)

lanura de estilo que en él es característica describe de una manera tan poética como exacta las poblaciones de Sitjes y Villanueva y dedica varios capítulos al Museo, estudiando detenidamente la fundación del Sr. Balaguer y alternando con la nota erudita la noticia curiosa, el episodio entretenido, el detalle interesante. La obra del Sr. Gras ha sido impresa en Madrid en la imprenta de R. Anglés.

REVISTA POLÍTICA IBERO-AMERICANA. — En esta revista, que se ha comenzado á publicar hace poco, se ha refundido la

publicación ha logrado conquistarse el favor incondicional del público y conservarlo por espacio de veinte años, como acontece con este almanaque, huelgan todas las alabanzas. Por esto diremos tan sólo que el de 1896 contiene gran número de dibujos, debidos á artistas tan conocidos como Apeles Mestres, Miró, Foix, Pellicer, Cuchy, Vázquez, Gómez Soler, Labarta y otros no menos reputados, y trabajos literarios de los más notables escritores catalanes; que se ha publicado en forma de tomo igual á los de la Biblioteca Diamante, que edita la misma casa de López, y que se vende á dos reales.

ALMANACH DE LA CAMPAÑA DE GRACIA. — Cuando una

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. — Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia).

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856  
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de  
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
 1867 1872 1873 1876 1878  
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**GASTRITIS - CASTRALGIAS**  
**DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
 BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO. de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
 y en las principales farmacias.

**Pildoras y Jarabe de BLANCARD**  
 Solucion **BLANCARD**  
**Comprimidos de Exalgina**  
 Con loduro de Hierro Inalterable.  
**ANEMIA**  
**COLORES PÁLIDOS**  
**RAQUITISMOS**  
**ESCRÓFULOS**  
**TUMORES BLANCOS, etc., etc.**  
**JAEQUECAS, COBEA, REUMATISMOS**  
**DOLORS DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.**  
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento **CONTRA EL DOLOR**  
 Exijase la Firma y el Sello de Garantia. — Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

**PAPEL WLINSI**  
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
 Depósito en todas las Farmacias  
 "PARIS, 31, Rue de Seine."

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO de BRIANT**  
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias  
 El **JARABE de BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abacoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES del PECHO** y de los **INTESTINOS**.

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK**  
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestionen curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)  
 PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa **PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOSES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.**  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.  
 en París  
 B<sup>e</sup> St-Denis, 16  
 CANDES et C<sup>o</sup>

**CARNE y QUINA**  
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE  
**CARNE y QUINA!** con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por excelencia**. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la **Anemia** y el **Apocamiento**, en las **Calenturas** y **Convalecencias**, contra las **Diarreas** y las **Afecciones del Estomago** y los **intestinos**.  
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.  
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm<sup>o</sup>, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**

**Agua Léchelle**  
**HEMOSTÁTICA.** — Se receta contra los **flujos**, la **clorosis**, la **anemia**, el **apocamiento**, las **enfermedades del pecho** y de los **intestinos**, los **esputos de sangre**, los **catarros**, la **disenteria**, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del **Agua de Léchelle** en var os casos de **flujos uterinos** y **hemorragias** en la **hemotisis tuberculosa**.  
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

**REMEDIO de ABISINA EXIBARD**  
 En Polvos y Cigarrillos  
 Alivia y Cura **CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION**  
**ASMA**  
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.  
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.  
 J. FERRÉ y C<sup>o</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN